



Del bordado sin valor al valor del bordado

Olga Silvia Terán y Contreras

DEL BORDADO SIN VALOR AL VALOR DEL BORDADO

La transformación del bordado de autoconsumo en bordado comercial entre las mayas de Yucatán

Olga Silvia Terán y Contreras

AGRADECIMIENTO

Queremos agradecer a PEMSA-GIMTRAP la beca recibida para financiar la sistematización del proyecto “Maya Chuy, bordado maya: el renacimiento del bordado en Yucatán”, porque la reflexión desarrollada alrededor de la misma nos ha permitido esclarecer procesos pasados y definir nuestra acción hacia el futuro, así como sistematizar la experiencia para que pueda ser utilizada por otros que anden por nuestros mismos caminos.

INTRODUCCIÓN

Este trabajo presenta la sistematización de la experiencia que ha impulsado con bordadoras maya-yucatecas, el proyecto “Maya Chuy: el renacimiento del bordado en Yucatán”, de la Fundación Tun Ben Kin A.C., considerando el contexto histórico, cultural, económico y social en el que se han desenvuelto las bordadoras y su actividad.

El proyecto se originó en 1992 para ayudar a dar respuesta a las necesidades que reflejaba el bordado, tomando en cuenta que es la artesanía más importante de Yucatán por la gran cantidad de mujeres que la practican y que crecientemente buscan en su realización una fuente de ingresos; por su antigüedad, que se remonta a tiempos prehispánicos; por tener la mayor riqueza técnica entre las artesanías yucatecas; y por ser practicada por jóvenes y, de 20 años a la fecha, hasta por varones de algunas comunidades.

A pesar de este potencial, las bordadoras yucatecas han abarrotado los mercados con prendas tradicionales semejantes y no siempre de buena calidad, profundizan-

do con ello el deterioro creciente del valor de la mano de obra y de la calidad de los productos, y provocando que el bordado cumpla cada vez menos con la expectativa de generar ingresos dignos a los hogares campesinos.

Con la intención de colaborar a la reversión de dicha tendencia y así transformar al bordado en la fuente de ingresos dignos que las bordadoras yucatecas esperan que sea, el proyecto Maya Chuy comenzó a trabajar para hacer competitivos los productos, mediante la mejoría de la calidad del bordado, la ampliación de los motivos existentes al incorporar elementos de la fauna, flora y cultura regionales, la aplicación de dibujos tradicionales a productos de consumo moderno y la capacitación a las bordadoras en la elaboración de los mismos, con buenos acabados y con insumos de buena calidad.

Muy pronto la realidad nos enseñó que no bastaba con la elevación de la calidad de los productos y la diversificación del diseño. Tuvimos que involucrarnos, a pesar nuestro —porque no teníamos ni la experiencia, ni la intención inicial de hacerlo— en la producción y en la comercialización. Así nos dimos cuenta que la soñada autogestión de los grupos de bordadoras no se lograría tan rápido, porque nos enfrentábamos a una tarea mucho mayor que la que habíamos imaginado: la de apoyar la transformación de una actividad que se había desarrollado por siglos para el autoconsumo en una actividad comercial.

Al reflexionar al respecto cobramos conciencia de que en nuestro país, desde la conquista hispana, existen dos tradiciones artesanales: por un lado, la que importaron los españoles —ya organizada como *oficio* desde la edad media europea, que desde que se introdujo se estructuraba en talleres que producían mercancías y que abarcaba actividades como la orfebrería, la herrería, la talabartería o la cerámica—; y por el otro, la tradición mesoamericana, articulada con las actividades campesinas, productora de valores de uso para el consumo familiar y, lógicamente, sin taller, ni organización colectiva en *oficio*.

Para enfrentarnos al reto que involucra dicha transformación —que en la Europa medieval duró siglos, mientras que en nuestro territorio tenemos que llevarla a cabo en el menor tiempo posible— en Tun Ben Kin hemos tenido que aprender a trabajar en varios terrenos, a partir de la propia experiencia que vamos generando, porque no existen antecedentes de trabajo similar al nuestro, al menos en el mundo que conocemos.

Así, hemos aprendido a hacer *diseño* para bordado de mano, punto de cruz y máquina, mejorando las técnicas tradicionales, los procesos de dibujo y pintado de telas, sistematizando los pasos de su realización y organizando los elementos que intervienen, para agilizar los procesos productivos.

En la *capacitación* hemos ido definiendo los niveles y los conocimientos especializados —teóricos, técnicos e informativos— que se requieren para diferentes grupos de bordadoras.

En trabajar inmersos en la *producción* para conocer los límites y las posibilidades que cada técnica de bordado impone a los productos, para costear con precisión la obra de mano y las materias primas, y para controlar los procesos productivos, favoreciendo así una mayor eficiencia en el trabajo dirigida a la producción de alto volumen.

La *comercialización* es el terreno que menos hemos explorado de manera sistemática, aunque hemos vendido regularmente y con éxito los productos.

Trasmitir a las bordadoras lo que hemos aprendido en el taller de Tun Ben Kin para organizar la producción eficiente y regular de volúmenes crecientes de productos, es ahora prioritario para favorecer el crecimiento y autonomía productiva de los grupos. Sin embargo, la operación organizada en colectivo no puede darse en el marco de la producción individual y fragmentada de la tradición del bordado doméstico para el autoconsumo y es necesario que se organice en espacios propios de las mujeres, para que puedan prosperar. Para nosotros ha llegado la hora de construir Talleres Integrales en donde las mujeres, además de trabajar en grupo, aprendan a cuidar a sus hijos pequeños en colectivo y a resolver actividades domésticas como el lavado de la ropa de manera menos costosa en esfuerzo y de forma organizada. Esto, por supuesto, no podrá realizarse si no se construye, simultáneamente, la equidad de género.

Esta conclusión, a la que habíamos llegado a través de la experiencia de siete años de trabajo práctico, se ha visto reforzada por la reflexión a que nos ha empujado la realización de este trabajo. La sistematización nos ha permitido precisar que el reto que hoy enfrenta el bordado maya yucateco de transformarse de actividad productora de valores de uso a productora de valores de cambio, no es exclusivo del mismo, sino que lo enfrentan la mayoría de las artesanías mesoamericanas y del mundo, que tienen su origen en el ámbito campesino. En este sentido, la experiencia que generamos es aplicable, con las adaptaciones consecuentes, no sólo a otras áreas de bordado tradicional del país y de nuestro continente, sino también a otras artesanías.

Actualmente, la mayoría de las artesanías de autoconsumo se han ido transformando en artesanías comerciales debido a la crisis agrícola permanente —provocada por la disminución de los recursos naturales disponibles, el aumento poblacional y las políticas económicas que favorecen el desarrollo urbano e industrial—, a la falta de empleos y a la necesidad creciente de dinero de las economías campesinas, entre otras causas.

Sin embargo, la organización atomizada y dispersa de la mayoría de las actividades artesanales de origen campesino no favorece la producción de escala y con los niveles de eficiencia que demandan los mercados de hoy, competitivos y globales, y sí favorece, en cambio, la sobreexplotación de la mano de obra, ya que desde la producción de la economía doméstica campesina —que no está pensada para producción de mercancías— es prácticamente imposible ser competitivos a menos que se regale el trabajo. Esta sobreexplotación, tolerable en la economía campesina tradicional cuando es autosustentable, por el papel secundario que juega el dinero, se vuelve intolerable cuando crece su papel relativo, como ocurre actualmente. Esta es, por cierto, una de las conclusiones básicas a que nos permitió llegar la presente sistematización.

Quienes queremos impulsar a las artesanas y artesanos mexicanos tenemos que colaborar, desde las distintas posiciones en que estamos situados, a transformar en *oficios* las artesanías que aún no lo son, si deseamos que las y los artesanos dejen de regalar su trabajo y transformen su actividad en una fuente digna y eficiente de ingresos propios.

Además de impedir que se regale el trabajo, el trabajo en taller, al menos en el caso del bordado de mano, favorece otros procesos que son también importantes.

Al trasladar la actividad del espacio doméstico e individual a un espacio público y social, la visibiliza y la valora ante los ojos de la comunidad y de las propias bordadoras, impulsando con ello procesos de empoderamiento femenino y de equidad de género, importantes para la transformación que el mundo está buscando al borde del nuevo milenio. Además se promueve la identidad grupal de las mujeres y el trabajo colectivo, que es una de las bases de la construcción de la autogestión y del fortalecimiento de los tejidos sociales tan necesarios en estos tiempos en los que todos los procesos sociales y económicos tienden a romper con los mismos.

Los Talleres, al ser comunitarios, representan una opción de empleo en el propio pueblo, amortiguando la emigración a las urbes, con todos los problemas económicos, sociales y culturales que acarrea tanto para las ciudades como para las comunidades.

Ahora bien, para que los Talleres puedan crecer, desarrollarse y florecer es necesario satisfacer otras necesidades, como la de profesionalizar, en el amplio sentido de la palabra, el bordado. Así como existen profesionales y técnicos de la agricultura, de la ganadería, de la apicultura, debe haber profesionales y técnicas del bordado. No es suficiente que las bordadoras perfeccionen su trabajo y puedan ser autogestivas y eficientes en sus talleres. Es necesario que la sociedad les brinde la posibilidad permanente de desarrollar su actividad y por eso, junto con los Talleres, debe de impul-

sarse una capacitación permanente en los aspectos técnicos y organizativos del bordado a través del establecimiento de Centros de Capacitación de Bordado (donde se transmitan conocimientos técnicos del bordado, de la organización productiva, contable, administrativa y comercial e información histórica y cultural del bordado maya, mesoamericano y del mundo, así como aspectos relacionados con la economía y el diseño).

En un futuro no muy lejano, dichos Centros de Capacitación de nivel medio, para ser dinámicos, deben sustentarse en un desarrollo profesional, académico, cultural y experimental de la actividad, logrados a través de una Escuela de Bordado, un Centro de Investigación del Bordado Maya-Yucateco (que incluya investigación del tema, histórica, simbólica, genérica, social, cultural, económica y técnica), un Museo del Bordado Maya-Yucateco y un Laboratorio de Diseño para Bordado (que involucre la elaboración de dibujos adaptados a técnicas y productos, así como el diseño de prendas de vestir, accesorios, mantelería, forro de muebles, etcétera) vinculado a los Talleres, a los Centros de Capacitación y a los distintos segmentos del mercado.

Si se logra el impulso de estos procesos y su institucionalización, también podremos asistir a la transformación del bordado en expresión artística y a su florecimiento a todos los niveles lo que daría un fuerte empuje a la cultura regional y nacional.

El compromiso que hemos adquirido con la tarea que realizamos nos ha permitido conocer la actividad del bordado desde sus entrañas para poder transformarla. Creemos que se trata de una experiencia valiosa y que puede ser replicable, como experiencia general, para otras artesanías, aunque cada artesanía debe sistematizar los aspectos que involucra su proceso técnico de trabajo y construir la proyección que le convenga. Bien vale la pena hacerlo en un país donde los campesinos han sido despojados de sus recursos naturales y han sido empujados a vivir en la miseria permanente. Este experimento intenta recuperar un recurso cultural para transformarlo en una dirección que pueda ser apropiada por quienes lo han creado y reproducido por milenios para su propio desarrollo.

En este sentido, el bordado de mano tiene una gran desventaja que también constituye su gran fuerza: se trata de una actividad limitada drásticamente, en lo técnico, por una aguja de coser. Esa barrera es insalvable porque introducir la máquina implica traicionar la naturaleza misma de la actividad. Así que, para traerla al siglo XXI y hacerla una actividad competitiva, el único camino es revolucionar la actividad a través de la organización del trabajo. Sólo dividiendo el trabajo y las tareas y concentrando los recursos productivos que son las bordadoras con sus manos y sus ojos y sus materias primas, podrá lograrse que puedan vender recuperando el

valor de su trabajo y no regalándolo como normalmente ha ocurrido. Siendo una actividad cuyo crecimiento y expansión dependen de la mano de obra y de la organización, obviamente no resulta una actividad atractiva para quienes han impulsado el desarrollo en el planeta, interesados en sustituir a las personas por las máquinas y en hacer crecer el desempleo, y es aquí donde radica la fuerza de la actividad porque lo que se necesita en las áreas rurales, es trabajo y el bordado lo impulsa.

El texto que presentamos tiene un carácter muy técnico porque como nos hemos acercado a la actividad para modificarla, la realidad nos ha exigido, en primera instancia, un entendimiento muy preciso de la organización técnica de la misma. Más adelante, y sobre la base de la necesidad que ahora se nos plantea, de trabajar para transformar la organización de la producción, será posible conocer las entrañas de los aspectos sociales y genéricos que implica la organización de las bordadoras y que en este texto apenas se dibujan.

La exposición arranca con un pequeño apartado de Antecedentes Históricos que nos permite ubicar la profundidad temporal de la actividad y el potencial que de ella se deriva.

El segundo apartado ofrece el Marco Socioeconómico, Cultural y Político del Bordado Yucateco, nos permite dimensionar la importancia que reviste la actividad, en función del papel que juega en la economía, la sociedad y la cultura, así como los problemas a que se enfrenta para poder desarrollarse.

Una vez situados los aspectos históricos, socioeconómicos y culturales, registramos la experiencia del proyecto “Maya Chuy: El renacimiento del bordado en Yucatán”, de nuestra ONG, que es la Fundación Tun Ben Kin A.C., planteando, primero, la perspectiva de quienes impulsamos el proyecto, luego, la de las bordadoras que han sido influenciadas por el proyecto, para finalmente, exponer la posición de ONG, gobierno y de gentes que conocen el proyecto.

En el texto, la mirada de las bordadoras no es tan fuerte, porque el peso de la experiencia central en esta etapa, ha recaído sobre la Fundación Tun Ben Kin A.C. En la medida que se traslade la experiencia de organización de la producción hacia los Talleres y estos vayan siendo autogestivos, la voz de las mujeres irá cobrando fuerza y llegará a ser más relevante que la voz de los otros interlocutores.

Finalmente se presenta un apartado con un Resumen y Conclusiones en el que, sobre la base del contexto en el que se desarrolla el bordado maya yucateco y de la experiencia que se ha vivido, se propone el Programa de la Fundación Tun Ben Kin A.C. que, en resumen, propone la transformación de la actividad del bordado de mano, ahora doméstico, individual, invisible, sobreexplotado, ineficiente para el

mercado y dirigido por los hombres, en un oficio femenino social y público, visible, colectivo, autogestivo, valorado, digno y eficiente.

Para ello, además de la organización de la actividad en Talleres dirigidos por las mujeres, se propone la creación de una red de espacios institucionales articulados a la educación media y superior, de espacios académicos, culturales y técnicos, que favorezcan la profesionalización de la actividad y una dinámica que propicie el crecimiento y recreación permanente del oficio, no sólo para impulsar su función básica como generador de empleo e ingresos femeninos y, por lo mismo, que colabore a disminuir la migración laboral y a crear fuentes de trabajo que no pesen sobre los recursos naturales, sino para que la actividad impulse el empoderamiento de las mujeres, la construcción de la equidad genérica, la cultura étnica y el conocimiento con relación a un campo que ha jugado un papel importante en la identidad y cultura regionales.

I. IMPORTANCIA DEL BORDADO MAYA YUCATECO

En Yucatán, la tradición artesanal textil actual se limita al bordado y no incluye el tejido, como sucede en otras zonas indígenas de nuestro país.

La absoluta ausencia de textiles tejidos se debe a que las telas tejidas en telares de cintura —que eran fabricadas por las indias y que conformaron los tributos más importantes del área en la época colonial— dejaron de elaborarse desde hace dos siglos (Irigoyen, 1980). El rezago tecnológico respecto a otras zonas textiles del mundo, es una de las causas más relevantes que explican el fracaso de los tardíos intentos de industrialización realizados durante el siglo XIX (Quintanilla y Castilla, 1980). La producción doméstica de autoconsumo que realizaban las mujeres mayas en los hogares campesinos, parece haber desaparecido por el repudio a la actividad, que se derivó de las inhumanas circunstancias en que se realizó la producción tributaria colonial. A esto debe sumarse el contrabando de telas inglesas, más baratas, que entraban por Belice y cuyo consumo sustituyó al de las confeccionadas por las indias mayas de Yucatán, incluso entre las propias indias (Barrera, 1979).

En cuanto al bordado es la actividad que consiste en decorar textiles o similares con dibujos pintados, usando hilos y agujas, y que hoy en día constituye la artesanía más importante de Yucatán, considerando que es la más ampliamente distribuida, ya que la practican más de 20,000 mujeres peninsulares y más de 10,000 en Yucatán.

Además de su amplia distribución, el bordado tiene una raíz histórica muy profunda, ya que su existencia ha sido comprobada arqueológicamente a través de restos

de textiles carbonizados que fueron encontrados en el cenote de Chichén Itzá (García, 1989).

La importancia histórica del bordado no sólo se deriva de su antigüedad, sino del hecho de que, a pesar de las modificaciones que se observan en las técnicas y que representan un evidente enriquecimiento, sobreviven antiguas puntadas que, aunque casi han desaparecido, pueden rescatarse e impulsarse. Tal es el caso del *chuy kab* o “bordado de mano”, que forma parte de las técnicas registradas en los textiles de Chichén Itzá y que aún se realizan en el área, particularmente en la zona más tradicional de economía milpera, que se localiza en el oriente yucateco y el centro de Quintana Roo. Tal parece ser también el caso del *xmanikté*, que es un bordado sobre deshilado que no tiene nombre en español y que no aparece registrado en los libros de bordado. Todo esto nos hace pensar que es prehispánico, como el *chuy kab*.

El punto de cruz —conocido en maya como *xok bi chuy* y en el español regional como “hilo contado”—, que es la puntada más apreciada en Yucatán y la que identifica actualmente a la región, fue introducida por las españolas (Molina, 1988). Su asociación con las mujeres conquistadoras le imprimió un significado elitista que aún ahora se refleja en el hecho de ser considerada “la crema y nata” de las puntadas de bordado de mano. Su distribución predomina, lógicamente, en el área donde se expandieron las antiguas haciendas maicero-ganaderas que estaban en manos de españoles y criollos.

A las puntadas que hemos mencionado se suman otras que nos dan un registro actual de ocho puntadas de mano. La máquina vino a enriquecer este universo con sus aproximadamente doce técnicas, de modo que el Yucatán de hoy presenta 20 puntadas de bordado, reflejando la mayor diversidad técnica entre todas las artesanías que existen en el estado.

El textil más bordado en Yucatán es el *hipil*, que es el vestido tradicional. Esta prenda, aunque de origen mesoamericano, fue introducida a la planicie yucateca por los frailes franciscanos, durante la conquista, con el fin de cubrir el torso, antes cómodamente descubierto, de las indias (De la Garza *et al.*, 1983). El nombre es una derivación mayanizada del término nahuatl *huipil*. Esta prenda fue distintiva de las indias durante la Colonia y casi no se bordaba o se bordaba con el antiguo *chuy kab*. Las mestizas, que eran consideradas superiores a las indias, vestían el *terno*, que era un *hipil* de mejor calidad y bordado de *hilo contado*. Por su parte, las españolas usaban sus ropas europeas (Hernández, 1977).

Como consecuencia de los cambios que trajo la Independencia y después de la llamada Guerra de Castas —que en la segunda mitad del siglo XIX emprendieron los indios (Reed, 1971) contra los blancos—, la rígida estructura social colonial se

dinamizó y los cambios en la misma originaron, entre otras cosas, que el término *indio* fuese restringido a nombrar a los sublevados y que los *indios* que se sometieron nuevamente al dominio blanco fueran nombrados, desde entonces, *mestizos*. Este término, entonces, designa en Yucatán, a quienes llevan el traje tradicional y lo convierte en el único estado en donde los *indios* no son *indios*, sino *mestizos*.

En el Yucatán moderno casi no hay población *mestiza*, pues la mayoría de las y los jóvenes del campo y la ciudad, se visten como todos los jóvenes del planeta debido a la influencia de los medios de comunicación. Sin embargo, todavía la mayoría de las mujeres saben bordar a mano o a máquina, aunque ya no apliquen el bordado a sus *hipiles*.

El bordado es considerado como una actividad femenina por excelencia. Sin embargo, no siempre ha sido así. En la Edad Media en Europa hubo bordadores muy conocidos que circulaban por las cortes de su tiempo haciendo grandes trabajos para la nobleza (Brittain, 1980). En Yucatán, con todos los problemas de la crisis agrícola, han habido pueblos enteros donde los hombres han encontrado en el bordado una actividad digna de llevar ingresos al hogar. Desgraciadamente no existen todavía estudios de género que den cuenta de las implicaciones sociales y simbólicas de dicho fenómeno. Sería un magnífico tema de estudio para quienes están interesados en los aspectos de masculinidad.

Durante los últimos 30 años, muchas mujeres campesinas mayas yucatecas han encontrado en el bordado una alternativa para responder a la creciente necesidad de ingresos de sus unidades familiares, derivada de la crisis de la economía agrícola. La revisión histórica nos revela que el bordado es una actividad con un gran potencial, porque tiene raíces profundas, porque está fuertemente asociada con la identidad y cultura regional, porque refleja una gran diversidad técnica y porque son muchas las mujeres que lo practican.

Sin embargo, desde el contexto de la producción dirigida al autoconsumo —que es la forma en la que está organizada la producción campesina, incluidas las artesanías y, entre ellas, el bordado— resulta difícil responder a las expectativas de los mercados modernos, sobre todo si no se encuentran los apoyos que se requieren para la transformación tan drástica que exige la actividad a múltiples niveles: técnico, organizativo, social, genérico y cultural.

El capítulo siguiente esboza las características en que se desenvuelve el bordado, así como los problemas diversos que hoy enfrentan las bordadoras mayas del Yucatán, para que se comprenda el marco en el que ha venido operando nuestro proyecto.

II. MARCO SOCIOECONOMICO, CULTURAL Y POLITICO DEL BORDADO YUCATECO

Racionalidad del bordado en la producción campesina

Milpa y bordado: Estrategia campesina de supervivencia (diversidad genética y productiva, integralidad y familia)

Desde la época de los Mayas Antiguos, el bordado ha sido parte integral de la economía milpera. La milpa ha sido el eje de un sistema productivo que va más allá de la mera agricultura.

En la economía milpera, el policultivo maíz-frijol-calabaza —que es propiamente lo que se conoce como milpa— incluye la posibilidad de siembra de por lo menos 32 especies y más de 100 variedades, sin considerar las otras muchas especies y variantes que se cultivan en otros espacios como las hortalizas y los huertos. La diversidad genética de la milpa —producto de la selección artificial realizada milenariamente por los campesinos y campesinas mesoamericanos/as— ha sido parte esencial de la estrategia diversificada de supervivencia campesina (Terán y Rasmussen, 1994).

Pero además de la diversidad genética, la estrategia campesina ha favorecido la diversidad del sistema productivo. Las familias campesinas mayas tienen una gran tradición productiva: crían animales en el solar y realizan un importante aprovechamiento de recursos forestales, no sólo a través de los nutrientes que incorpora la roza-tumba-quema del monte para el establecimiento de la milpa (Nye y Greenland, 1960), sino también mediante la cría de abejas para la obtención de miel y la recolección de leña, de plantas medicinales, forrajeras, maderables y otras. Además, fabrican muebles e instrumentos de trabajo, tejen cestos y urden tela para bordarla y elaborar ropa. Antes de la Conquista, algunos pueblos cercanos a la costa también recolectaban sal y pescaban (Terán y Rasmussen, 1994).

El bordado siempre ha sido parte de esta tradicional estrategia de supervivencia, diversa e integral, que ha tenido a la milpa como eje y a la familia como unidad de producción.

Autoconsumo y venta eventual y/o forzada del bordado

Otra característica importante del bordado en la cultura maya campesina es que, al igual que el cultivo del maíz, frijol y calabaza, ha sido elaborado básicamente para el consumo de la familia y la comunidad. Desde la lógica milpera, sólo la eventua-

lidad de las fiestas patronales, de un festejo por bautizo o boda, o las emergencias debidas a enfermedades o malas cosechas, podrían transformar los bordados de autoconsumo en mercancías intercambiables por dinero.

Sin embargo, fuera del contexto campesino la ropa tejida, calada o bordada, siempre ha tenido mercado, pues el sistema milpero se inscribe en sistemas económicos más amplios, que han articulado a los campesinos a través del tributo o del mercado, extrayéndoles su producción excedente (Wolf, 1956).

En el antiguo Yucatán los indígenas debieron pagar tributo a sus gobernantes, muchas veces con telas. Durante la Colonia los españoles impusieron a los mayas entregar como tributo principal las telas de algodón que elaboraban las mujeres. En el siglo XIX el tributo de tela de las mujeres se abandonó, pero los campesinos pagaban contribuciones, lo que fue uno de los motivos principales de la rebelión indígena durante la Guerra de Castas (Reed, 1971).

En el siglo XX, la subordinación creciente con respecto a los nuevos y crecientes mercados de productos y trabajo obligó a los campesinos yucatecos a incorporarse cada vez más a los mismos, tornándolos así más dependientes del circulante. Lo anterior ha llevado a un aumento en la venta de fuerza de trabajo y de productos campesinos, reduciendo el autoconsumo.

Así, aunque el bordado siempre ha sido también mercancía, lo ha sido desde la lógica del autoconsumo y por lo tanto su venta se ha subordinado a las necesidades de la familia; fue hasta la década de los setenta que la correlación de fuerzas empezó a invertirse y la lógica del mercado ha impreso desde entonces su dinámica a la producción del bordado.

El bordado en el ciclo de vida de las familias campesinas

El bordado no sólo ha sido adorno de la indumentaria de la mujer campesina. En las comunidades tradicionales el bordado acompaña a los individuos desde su nacimiento hasta su muerte, jugando un importante papel simbólico, pleno de significación cultural.

Aunque los hombres no llevan prendas bordadas después del tradicional *pañal* bordado que los envuelve durante su primera infancia (el *pañal* yucateco, a diferencia del "mexicano", no es para cubrir las nalguitas de los nenes, sino una sabanita para envolverlos); con los *hipilitos* que los cubren en su más tierna infancia o los pañuelos que les bordan sus mujeres e hijas, las prendas bordadas están presentes permanentemente, no sólo sobre el cuerpo de las mujeres con quienes viven cotidianamente, sino en varias prendas del ceremonial religioso.

En cuanto a las mujeres, el bordado las acompaña toda su vida y es parte de su identidad genérica. Los *hipiles* “matizados” —de muchos colores— las envuelven todos los días desde niñas hasta ancianas. Los bordados blancos las engalanan en sus momentos de cambio en su ciclo de vida: en el bautizo, su pañal blanco; en su primera comunión, su primer terno blanco; en su boda, su segundo terno blanco.

El *justán*, inseparable de la mestiza, no forma parte del atuendo de la *mesticita* ya que es signo de ser adulta. Se usa a partir de la entrada a la juventud cuando inicia la menarca.

Los muertos de cualquier edad y sexo, reciben una ofrenda de comida en servilletas bordadas que se renuevan año con año durante la celebración del *Janal Pixaan* (los primeros días de noviembre). Por otra parte las mujeres expresan su luto usando *hipiles* de un solo color, preferentemente negro o morado (colores fuertemente asociados al luto según la tradición cristiana).

El bordado, al igual que el torteado y el lavado de la ropa, ha sido definitorio de la identidad femenina; así como la milpa o la tumba de monte, sirven para definir la identidad del hombre. Esto se establece en el *jeetz meek* (ceremonia maya tradicional equivalente al bautizo cristiano) que significa “abrir las piernas” o “montar a horcajadas”, porque la acción principal realizada es abrir por primera vez las piernas de los chiquitos y las chiquitas montándolos en la cadera de los padrinos. En adelante así se cargará a los pequeños.

El bautizo maya determina el papel genérico de cada sexo. La fecha misma en que se realiza define un rol: las mujeres son cargadas a horcajadas a los tres meses de nacidas porque el fogón (*kooben*) donde se cocina, y es su destino más importante, se forma con tres piedras que sostienen el comal; mientras que los hombres son abiertos de piernas a los cuatro meses porque la milpa, que será su espacio de trabajo futuro, tiene cuatro esquinas.

Durante la ceremonia, entre otras cosas, se les entregan a los niños y a las niñas instrumentos asociados con su género. Es frecuente que a las niñas, además de llevarlas al fogón y a la batea donde lavarán ropa, se les ponga en la mano una aguja con hilo o se les haga tocar la máquina de coser. En los *jeetz meek* de ahora se acostumbra dar, tanto a las niñas como a los niños, un cuaderno y una pluma, y es probable que ya existan casos en los que se les haga tocar alguna computadora.

Religión, creencias, bordados y bordadoras

En las fiestas patronales, los profusos bordados que decoran los *hipiles* de las mujeres, los estandartes y pabellones que identifican a los gremios religiosos, los ternos y

pañuelos de las *vaqueras*, y la mantelería de los altares eclesiásticos y domésticos, inundan de flores de hilo el paisaje de las comunidades yucatecas. Hasta las vírgenes y las cruces se visten con ternos y sudarios coloridos durante las fiestas religiosas. Algunos investigadores creen que las ropas que visten a las cruces son *hipiles* y que por lo tanto la cruz es femenina (Reed, 1971; Bricker, 1989). La ropa de la cruz no es en realidad un *hipil* sino un sudario y así la cruz es masculina, los mayas también la llaman *patrón*.

Así como el santo más socorrido de los milperos es San Isidro Labrador, el santo protector de las bordadoras es, según las mujeres de algunos pueblos, San Juan Bautista. Las mujeres acostumbran prenderle velas para solicitar sus favores y realizar bien sus trabajos.

Pero así como en las milpas, a la protección de los santos cristianos se suma la de los espíritus sobrenaturales como los *chaques* (regadores) o los *kanaan sayab* (cuidadores de cenotes), entre las bordadoras de Xocen, un pueblo muy tradicional, los cuidados de San Juan Bautista se complementan con los de *Chuen Chuy*. Este ente protege a las mujeres que realizan bordado de mano, punto de cruz y bordado de máquina.

Tal creencia —que sólo hemos detectado en Xocen, Yucatán, y que probablemente también exista en la zona maya de Quintana Roo— tiene origen prehispánico aunque muestra transformaciones a través del tiempo. En el Diccionario Cordemex se le llama (*Ah*) *Chuen* a un “artífice oficial de algún arte” (Barrera *et al.*, 1980: 110), o sea, a un oficial artesano; y en el Popol Vuh se le llama así a un dios o diosa asociada con los trabajos manuales. En Xocen el significado del *Chuen* es más cercano al del Popol Vuh (Sarabia, 1984) ya que se trata de un dios o ente sobrenatural.

Una idea muy generalizada entre las bordadoras yucatecas es que quien toque la piel de una víbora de cascabel puede llegar a ser una gran bordadora de *xoc chuy* o hilo contado, pero el precio que paga por ello es tenerla en sus sueños constantemente, cosa que a nadie gusta por la asociación que dicho animal tiene con el diablo. Es probable que la creencia tenga un origen anterior a la Conquista y haya estado relacionada con la víbora porque era un símbolo positivo de fertilidad y sabiduría. De hecho eso es lo que aún se refleja entre las mayas de Quintana Roo, quienes representan en el bordado muchas partes de la víbora de cascabel y de la boa constrictor: después de bordar trece *hipiles* tienen que bordar el siguiente con algún diseño de serpiente para que estos animales no condenen a las bordadoras (Alonso, 1994: 14-18).

Las bordadoras están convencidas de que sus máquinas tienen voluntad propia y por eso hay máquinas “caprichosas” o “mañosas” que se acostumbran a trabajar

cierta técnica y luego ya “no quieren” hacer otra. Las telas también tienen alma y las telas “desobedientes” o “rebeldes” son las que no se dejan pintar fácilmente.

Buenas bordadoras y creatividad

En todas las comunidades y grupos productivos existen bordadoras que realizan sus labores con gran habilidad. Asimismo hay otras que destacan por su inventiva y creatividad, y a veces reúnen ambas cualidades. La mayoría de las bordadoras se limita a ejecutar su actividad sin mejorarla, imitando dibujos de otros *hipiles*, de dechados o de dibujos comprados en mercados y tiendas.

El bordado de máquina o *chuy kab* es el que ha mostrado mayor creatividad porque se basa en dibujos a lápiz o pluma que, sobre un papel blanco, desarrollan las mismas bordadoras. Pero en el punto de cruz es difícil crear dibujos y en este campo las bordadoras se limitan a copiar los dibujos europeos difundidos en revistas comerciales. El bordado de máquina ha recogido la flora y la fauna regionales porque las bordadoras pueden inspirarse en su entorno y materializar la inspiración en sus dibujos.

La facilidad para crear dibujos suele ser el factor principal para que una bordadora se especialice en el pintado y termine siendo *pintadora*, dedicándose tanto a crear dibujos como a pintarlos en papel y en las telas para otras mujeres. Hay bordadoras con inventiva pero que no saben pintar, éstas platican sus diseños a las *pintadoras* y ellas materializan sus ideas. Hay bordadoras que sueñan sus dibujos y sobre esa base orientan a las *pintadoras*. Sin embargo la mayoría de las bordadoras se dedica a bordar y no está interesada en crear dibujos.

Regionalización de la indumentaria tradicional

En las últimas décadas la tendencia creciente en las áreas rurales ha sido el abandono del traje tradicional. Sin embargo, a las puertas del Tercer Milenio el *hipil* y el *justán* aún tienen una fuerte presencia en el ámbito del vestido en Yucatán. Lo interesante es que la regionalización económica provocada por la caída paulatina de la zona henequenera (Villanueva, 1990), y los rasgos de dichas regiones se han visto reflejados en la ropa.

La región ex-henequenera —caracterizada por la pauperización y la reducción— refleja en la indumentaria de sus mujeres la pobreza de la región y allí es donde se encuentran los *hipiles* con bordados más sobrios, de un sólo color y con técnicas que no utilizan demasiado hilo como el “sombreado”. Incluso es frecuente que los *hipiles*

no se borden y en su lugar lleven una tela estampada para simular el bordado. En otras zonas indígenas pobres del país, en las que se conserva la riqueza en tejidos o bordados, la indumentaria se confecciona con materiales de la región que no se compran, mientras que en la zona ex-henequera todas las materias primas tienen un costo. Por otro lado la mayoría de las zonas indígenas siempre han sido pobres, mientras que la zona ex-henequera sufre un proceso de empobrecimiento.

La zona milpera, la más tradicional, se distingue por la estética indígena reflejada en el uso de colores diversos, brillantes y fuertes, así como por el empleo de técnicas que llevan mucho hilo como los "macizos" y los "calados". Entre la población "catrina" de la zona milpera, los *hipiles* se han "blanqueado" con colores pastel y con diseños modernizados como la presencia de un doble ruedo imitando a los ternos.

La zona sur es la más abundante en recursos porque es la única cuyas características ecológicas han favorecido una agricultura intensiva de corte comercial practicada por cientos de ejidatarios. Esta zona se distingue por tener a las "mestizas" más ricas, en concordancia con la riqueza de la región. Allí se portan *hipiles* muy caros, amplios y largos, de *hilo contado* y con técnicas caladas como los "renacimientos", ambas de mucho hilo (Terán, 1988).

El bordado en la cultura urbana

En las ciudades, el antiguo *terno* que usaron las mujeres *mestizas* para definir su identidad fue paulatinamente sustituido por el vestido occidental. Actualmente, las mismas modas que imperan en otras partes del mundo se han impuesto en Yucatán, no sólo en el marco urbano, sino entre los y las jóvenes de las comunidades. Sin embargo, el *terno* se ha conservado hasta nuestros días como vestido de lujo.

Las glorias de antiguos tiempos todavía se lucen en ocasiones especiales, como la famosa "noche regional" del carnaval meridano. Mujeres de todas las edades, de las clases medias y bajas, de las escuelas y comparsas vecinales, desfilan con sus *ternos*, al tiempo que en clubes elegantes las muchachas pudientes lucen sus elegantes y carísimos *ternos*. Además de los bailables de jarana que adornan los festejos escolares y los eventos políticos, y en los que los *ternos* constituyen el adorno más llamativo, es muy frecuente que incluso las funcionarias del gobierno porten trajes regionales.

Así, no hay familia yucateca de la clase media y alta que no posea *ternos* de *hilo contado*. Aunque los *ternos* bordados a máquina también son apreciados, elegantes y llamativos, su prestigio nunca se iguala al de uno de *hilo contado*. Por eso, los *ternos* de *hilo contado*, que son "la crema y nata" de este atuendo. Las mujeres de cla-

ses menos pudientes frecuentemente “prestan” o rentan los *ternos* de *hilo contado* y a veces hasta los de máquina.

Además del *terno*, el *hipil* también se usa entre las mujeres urbanas, pero con variantes que reflejan su ideología y sus posibilidades económicas. Las mujeres maduras de las clases altas son muy proclives a usar *hipiles* de *hilo contado* y sólo usarán uno de máquina si está bordado en blanco y de preferencia con dibujos *rejillados* o *calados*.

Las señoras urbanas de la clase media no acceden tan fácilmente a los *hipiles* de *hilo contado* y se conforman con los bordados a máquina, pero en blanco o colores pastel. Ellas no comparten el gusto “mestizo” por el color que provocaría una confusión de estatus.

A pesar de la modernización, el uso generalizado del *hipil* obedece en parte a que es apropiado para el clima por la tela, el diseño y el color; por otro lado el *hipil* responde a los cambios en las modas occidentales con lo que se ha modificado el ancho, el largo, los colores, los motivos y el ancho de los dibujos de acuerdo con las influencias, adquiriendo de este modo modernidad.

Crisis agrícola, bordado comercial tradicional y crisis del bordado comercial tradicional

Crisis agrícola y cambios en la unidad productiva campesina

Los cambios que se han dado desde los años setenta obedecen a la crisis de productividad agrícola del henequén y del maíz (Villanueva, 1996), provocada por la competencia de fibras sintéticas en combinación con la ineficiencia debida a la corrupción oficial, en el caso del henequén; en el caso del maíz se derivan de la población creciente, la menor disponibilidad de montes y la sobreexplotación de los existentes.

La crisis agrícola ha obligado a las familias campesinas a reorientar el papel relativo de sus estrategias, aunque éstas no hayan cambiado en esencia, pues siguen siendo diversas, integrales y familiares. Este proceso adaptativo se ha realizado de diferentes formas en las distintas regiones productivas del estado.

En la zona frutícola del sur, los únicos suelos profundos del estado, se favoreció la sustitución de la *milpa*—el elemento más dinámico del sistema productivo tradicional— por la parcela frutícola comercial cultivada bajo riego, que derivó del huerto familiar tradicional (Rosales, 1988). La mujer, como en el Istmo de Tehuantepec, es quien sale a vender los productos agrícolas de las parcelas. Estos cambios han provocado un reordenamiento en los roles familiares de género y en las activi-

dades del sistema (Pacheco y Lugo, 1995) que, sin embargo, continúa teniendo una estrategia diversa, integral y familiar.

En el oriente milpero la apicultura se ha colocado en el centro del sistema productivo tradicional y los otros elementos productivos se han reorganizado a su alrededor. Sin embargo esta situación no ha sido duradera porque los huracanes, la sequía, las plagas y enfermedades acaban con las colmenas. Por otra parte, la migración laboral hacia la zona turística caribeña ha sido uno de los caminos de los milperos para conseguir el dinero cada vez más necesario para comprar maíz.

Pese a estos movimientos no se pierde la integralidad y diversidad del sistema, y la familia sigue siendo la unidad productiva, características que han favorecido la adaptación del sistema productivo tradicional ante crisis de todo tipo.

Es importante observar que, en cada caso, la *milpa* ha sido desplazada de su papel predominante por alguna actividad del sistema de autoconsumo en su variante tradicional (como la fruticultura o la apicultura); dichas actividades se han transformado en actividades comerciales debido a las limitantes o posibilidades ambientales en que se desenvuelven. Los desarrollos mencionados se han originado a partir de las propias posibilidades del sistema milpero, por lo que favorecen el autoempleo y evitan la migración.

La *milpa*, por su parte, está dejando de ser intinerante dada la poca disponibilidad de montes, a la vez que se transforma en una *milpa* permanente, intensiva y orgánica, con el apoyo de grupos gubernamentales o de ONG que trabajan para favorecer la conservación y el desarrollo sustentable. Estas *milpas* no podrán volver a ser el eje del sistema productivo campesino, pero sí pueden favorecer la autosustentabilidad alimentaria.

Sólo en la zona ex-henequenera las modificaciones del sistema milpero han sido más drásticas; desde el desarrollo de las estancias maicero-ganaderas coloniales al auge henequero, en esa región la *milpa* sobrevivió aunque reducida a su mínima expresión y con ella varias de las actividades que se le articulan como la cría de animales, el cultivo del solar y ciertas actividades artesanales como el bordado.

Ante la crisis del henequén en esta zona, que carece de recursos edáficos y forestales importantes, muchos campesinos se habían orientado hacia la explotación pecuaria; sin embargo, la mayoría de las empresas de este ramo han quebrado ante el avance de monopolios (representados en el campo avícola por empresas como Campi y Sanjo; y en el terreno porcícola, por consorcios como Keken). Otra alternativa fomentada por el gobierno para los ejidatarios fue la transformación de plantíos henequeneros en parcelas frutícolas, lo cual perjudicó dos zonas económicas al colocar a la zona frutícola henequenera en competencia con la zona citrícola del sur,

inundando de naranjas el estado y abatiendo los precios sin favorecer a los campesinos ex henequeneros.

La entrada de maquiladoras ha sido una fuente de empleo importante en los últimos años, sobre todo porque la mano de obra principal es femenina. Las maquiladoras tienen la desventaja de no representar una opción de empleo autónomo para el sector campesino, pero han sido una alternativa importante de trabajo ante la incapacidad de los capitales nacionales de generar empleos.

Estos procesos se vinculan con el papel creciente del ingreso monetario. Aunque el dinero puede provenir tanto de la venta de mano de obra como de la reorientación de alguna actividad de autoconsumo a comercial —como el cultivo del huerto o como la apicultura—, la mayoría de las veces proviene de la venta de la fuerza de trabajo que, en el caso de las comunidades del sur y del oriente, se dirige sobre todo al corredor turístico del Caribe y al vecino país del norte. Las migraciones causan pérdida cultural, desintegración familiar y no siempre ayudan a elevar la calidad de vida de las familias campesinas.

Ventajas de las artesanías

El problema con actividades como la cría de puercos, aves y hortalizas es que si no se venden a tiempo implican grandes pérdidas por ser productos perecederos. Por otra parte, los campesinos y las campesinas producen en desventaja frente a los empresarios por lo que son desplazados del mercado. Las artesanías son todavía una actividad dominada por los y las campesinas y ello les confiere una ventaja relativa en el mercado.

El carácter predominantemente doméstico de la artesanía, en combinación con su naturaleza manual, la convierten en una actividad poco rentable para los empresarios porque no admite innovaciones tecnológicas significativas. Aun organizándose de forma colectiva para hacerla más eficiente, en tanto sólo pueda registrar un crecimiento mediante el empleo de más gente, la artesanía resulta inviable para las empresas y sólo resulta conveniente a microempresas de carácter social.

En cambio, para los y las campesinas la artesanía sí es una alternativa viable. Es una forma de tener un trabajo que conserva la importante y tradicional integralidad y diversidad del sistema campesino a la vez que favorece a la familia, aunque para ser eficiente requiere una organización en forma de oficios.

Creemos que el potencial e importancia de las artesanías, particularmente en la zona ex-henequenera pero también en otras regiones, reside en que pueden jugar un papel dinamizador de la economía campesina como generadoras de ingreso mone-

tario y como respuesta a las limitantes ambientales de muchas regiones para desarrollar actividades agropecuarias.

Primer impulso del bordado tradicional hacia su comercialización

Ventaja del bordado como producto comercial

Aunque siempre ha existido cierto grado de comercialización del bordado tradicional yucateco, su transformación en producto predominantemente comercial comenzó en la década de los años setenta, a raíz de la crisis agrícola que afectó a las zonas henequenera y maicera.

En el contexto de empobrecimiento creciente que ha provocado dicha crisis, las mujeres también han debido buscar ingresos monetarios para completar el gasto familiar.

Entre las artesanías, el bordado representa la primera opción de casi cualquier mujer porque prácticamente todas saben bordar. Cuando las mujeres tienen la necesidad de ingresar dinero a sus hogares, la artesanía resulta la alternativa más viable pues se realiza mientras se cumple con las tareas domésticas, además de ser un producto no perecedero. Estas características hicieron que el bordado fuera la primera vía de obtención de ingresos para las mujeres y por eso mismo la oferta de productos bordados aumenta día a día en el mercado de artesanías yucatecas.

El *hipil* comercial

El primer producto que se comercializó fue el propio *hipil*. En principio se comercializaba entre vecinos del mismo pueblo o de pueblos vecinos, con la crisis agrícola el marco de venta se amplió hacia los nacientes mercados urbano y turístico.

A partir de los años veinte un aspecto técnico que favoreció el crecimiento de la producción de *hipiles* comerciales, tanto en el medio rural como en el urbano, fue la presencia creciente de máquinas de coser a pedal y de motor. En los años setenta se dió un aumento significativo y bajo la administración de Loret de Mola y Luna Kan se repartió una buena cantidad de máquinas entre las campesinas quienes, al incorporarse a la producción y a las estructuras crediticias oficiales a través de su forzosa organización en UAIM (Unidad Agrícola e Industrial de la Mujer), ingresaron a las filas del clientelismo político priísta.

La necesidad de ampliar los mercados tradicionales de *hipiles* desde los años setenta, condujo a la saturación de los mercados regionales. El primer segmento

del mercado que consumió y consume los *hipiles* comerciales son las yucatecas urbanas de la clase media, quienes apenas en este siglo —a resultas de la escolarización— dejaron de ser *mestizas* y al usar vestido se volvieron “catrinas”. El *hipil* comercial es entonces un retorno de las antiguas “mestizas” a un *hipil* “acatrinado” o “moderno”.

Por ello los *hipiles* comerciales, a diferencia de los tradicionales, son de colores “pastel”, de combinaciones occidentalizadas o blancos. Son más estrechos que el *hipil* tradicional, que es ancho, y presentan elementos innovadores como el doble ruedo que los asemeja al *terno*, o aberturas laterales como tienen algunos vestidos modernos. El *hipil* comercial se desarrolló como “ropa típica” confeccionada para la clase media urbana. La mayoría de los *hipiles* comerciales son hechos a máquina.

El *hipil* comercial también comenzó a ser usado por las campesinas del oriente (Rejón, 1992). Las jóvenes prefieren los *hipiles* modernos y muchas mujeres maduras utilizan tanto el *hipil* tradicional como el moderno, según el espacio en que se mueven: en Valladolid usan el moderno de tonos claros y en sus fiestas tradicionales el *hipil* de colores brillantes. Pero hemos observado que en los pueblos menos tradicionales, y en los que mayor número de mujeres han tenido contacto con Valladolid, tanto mujeres jóvenes como maduras usan el *hipil* “acatrinado” en el pueblo, en las fiestas y en Valladolid. Por otro lado en los pueblos más tradicionales, en los que las mujeres han salido menos, tanto jóvenes como adultas usan *hipiles* de colores fuertes y tradicionales.

En la zona ex-henequenera opera otra dinámica. Allí se ha extendido el uso del *hipil* comercial más sencillo, no tanto por “acatrinamiento” sino debido a la pobreza de la zona. En la zona frutícola del sur se ha registrado el fortalecimiento de la tradición y los *hipiles* que más se usan son los de *hilo contado*, pero en su versión maya que son anchos, de muchos colores o —como se dice en Yucatán— *matizados* y de “matas” grandes (nombre que se le da a la composición de flores que forman la unidad básica que se repite en los *hipiles* bordados) y/o los de *renacimiento* de máquina, que no son muy comerciales porque los hacen con dibujos anchos y caros según el gusto de las *mestizas* acomodadas de esa zona.

La ropa “típica”

Con el primer impulso comercial comenzaron a confeccionarse blusas, vestidos y batas para satisfacer el gusto de una creciente clase media urbana. Al adaptar el bordado del *hipil* a los sectores que demandaban estos productos, se modificaron el color y el tipo de “matas” que tradicionalmente se habían bordado en los *hipiles*. En

estos nuevos artículos han predominado los colores en tonos bajos o "pastel" y flores más discretas, de menor tamaño y menos exhuberantes.

Estos artículos se confeccionaron primero en las áreas urbanas y luego su producción se extendió a las zonas rurales influyendo también al *hipil* comercial que comenzó a confeccionarse en tonos "pastel" y en blanco. Estos artículos, junto con las *guayaberas*, constituyen lo que se conoce como ropa "típica", que no es lo mismo que la ropa tradicional.

La *guayabera* fue un tipo de camisa que usaban los *guajiros* —campesinos del interior de la isla de Cuba— y que fue introducida a Yucatán a principios de siglo. En la década de los años veinte un comerciante catalán llamado Mercader la modifica al agregarle las bolsas y tablones. Posteriormente, entre 1936 y 1940, el cortador Pedro Cab le coloca las tradicionales alforzas. En los años cuarenta, se comenzó a utilizar la *guayabera* en el medio oficial local popularizando su uso. En ese tiempo la prenda se denominaba *guayabana* como otra prenda que también provenía de Cuba (Irigoyen, 1976).

En la década de los setenta la *guayabera* se yucatequizó completamente al confeccionarle bordados de punto de cruz o *xok bi chuy* a mano y bordados a máquina, por iniciativa de Jorge Alberto Pech Puch, mejor conocido como George Albert, dueño de la famosa X'Boutique.

La introducción de máquinas de pedal y motor, y los estímulos oficiales, hicieron crecer la producción de la ropa "típica" yucateca, *guayaberas* y vestidos, blusas y batas femeninas, a las cuales se añadieron muchas modalidades como los famosos "cuellos". Sin embargo, la confección de "ropa típica" ha sido un fenómeno básicamente urbano realizado en talleres industriales. Sólo algunas poblaciones del interior como Tekit, Kimbilá, Maxcanú, Muna, Peto y Tekax, producen también a escala industrial. Aunque el principal consumidor de ropa "típica" es el mercado local, también hay ventas importantes en Chiapas, Oaxaca, Veracruz, la costa Pacífica y en Miami, Atlanta, Nuevo Orleans y Puerto Rico.

Tanto la creación de talleres del interior, que pagaban más barata la mano de obra, como la competencia de Taiwán, Corea y Suramérica en producción de *guayaberas*, desplazaron a los productores meridanos y saturaron el mercado (Irigoyen, 1976).

Influencia del turismo en la comercialización del bordado

En los años setenta, con la construcción de la zona hotelera en Cancún, se inicia el impulso a la industria turística del Caribe que continúa creciendo hasta la fecha con las inversiones que se han realizado en todo el corredor turístico: Puerto Aventuras,

Xcaret, Playa del Carmen, Akumal, Cozumel y Xel ha'. La expansión turística se ha fortalecido con la promoción de la Ruta Maya y con el reciente movimiento de reconstrucción de antiguas haciendas.

El crecimiento del turismo —además de absorber a buena parte de la mano de obra masculina que requiere trabajo en las zonas de agricultura en crisis—, ha favorecido el crecimiento de la demanda de productos artesanales y, entre ellos, los bordados. Desgraciadamente, ni la “ropa típica” ni el *hipil* comercial, que son las prendas bordadas que más se producen en la zona, satisfacen la demanda de los turistas debido a su calidad, su diseño y por las telas que utilizan, como señalaremos a continuación.

Crisis del bordado tradicional y de la ropa “típica”

Limitaciones del *hipil* comercial y de la ropa “típica”

Entre las jóvenes mayas la sustitución del *hipil* por ropa juvenil a la moda de las grandes urbes ha disminuido la demanda de esta prenda en las comunidades, pues sólo las mujeres adultas visten *hipil*. Así se presenta una paradójica situación en la que el *hipil* se produce cada vez más para consumo de sectores externos a la comunidad y a la cultura de origen, que para consumo de la cultura maya.

Pese a la disminución de la demanda de *hipiles* en los pueblos, dado que eso es lo que se sabe bordar en todos ellos, cada nueva mujer que se incorpora a las filas de las que buscan ingreso monetario produce dichas prendas. Así, el mercado se encuentra saturado lo que deriva en un pago muy bajo por las prendas, el cual las bordadoras tratan de compensar con una disminución de la calidad que, a su vez, repercute en el deterioro progresivo de los precios y genera un círculo vicioso que conduce al abandono de la actividad y su sustitución por otra mejor remunerada como es el servicio doméstico.

La saturación del mercado de *hipiles* se debe, en parte, a que aunque existe una demanda en los medios urbanos regionales, ésta se restringe a mujeres adultas de clase media y alta que son las que los consumen. Las jóvenes, que conforman un gran mercado, no consumen *hipiles*, y los turistas, que son un mercado creciente e importante, consumen poco porque en el clima de la mayoría de las regiones del país y en el norte templado del mundo, que es de donde vienen más turistas, un *hipil* resulta poco conveniente.

Los *hipiles* son de muy “mala calidad” desde la óptica del mercado al que se dirigen, tanto por las telas que se usan, por lo “mal hecho” del bordado (puntadas

disparejas y poco tupidas) y lo “mal acabados” (costuras fruncidas, reverses deshilachados, orillas mal picadas y costuras sobre los bordados). Además, las bordadoras desconocen los sistemas de tallas y hacen los *hipiles* en tallas definidas al “tanteo” de modo que un buen número de ventas potenciales se frustran porque las clientas no encuentran *hipiles* de su talla. Finalmente, otro obstáculo son los dibujos casi iguales en todos lados. Estos aspectos profundizan los efectos de la saturación pues, pese a la sobreoferta, es evidente que los *hipiles* “bien hechos” siempre se venden, así como aquellos que poseen diseños novedosos. El mercado de mujeres de clase media y alta urbana todavía resulta restringido porque los *hipiles* son poco atractivos.

La “ropa típica” ya no es una alternativa comercial importante pues presenta los mismos problemas de la ropa tradicional: saturación del mercado, baja calidad, colores y diseños poco atractivos.

La producción de *hipiles* bajo estas condiciones sólo es sostenible en dos situaciones: 1) si la bordadora forma parte de una unidad productiva en la que el dinero juega un papel secundario y basta con recuperar el valor de las materias primas que se invirtieron en un *hipil*, aunque no se recupere el valor de la fuerza de trabajo porque su elaboración se constituye en ahorro; y 2) cuando la bordadora forma parte de un grupo que recibe subsidio del gobierno como parte de su política clientelista.

Consecuencias de la crisis del bordado tradicional comercial

En la mayoría de los casos de bordadoras, acentuándose en el bordado de mano, los tiempos de producción son prolongados y la mano de obra es mal pagada o no se paga. Esto se debe a varios factores:

- a) Los productos se producen bajo una lógica productiva de autoconsumo elevando los costos.
- b) El abaratamiento de la mano de obra debido a la saturación del mercado y la baja calidad de los productos.
- c) Dificultad en la recuperación del valor real del producto.

Los factores antes mencionados obligan a las mujeres a abandonar el bordado y dedicarse a otras actividades mejor remuneradas como son el trabajo doméstico en Mérida, la venta de frutas y otros productos, y el trabajo como meseras y similares. Esto provoca otros problemas ya que, al salir a trabajar a otras comunidades o ciudades, las mujeres dejan a sus hijos provocando inestabilidad familiar. Además, dejar de bordar para trabajar como empleada doméstica implica una descalificación de la mano de obra porque el bordado implica cierta especialización.

Formas de producción del bordado tradicional y de la ropa "típica"

Los cambios ocurridos en los últimos 30 años, que obligan a vender lo que antes era básicamente para autoconsumo, han creado nuevas y diversas formas de relación en el mercado de las bordadoras y nuevas formas de organización para la producción, de relaciones con el producto, con el dinero, con sus familiares y consigo mismas.

Tipos de bordadoras

Si se analiza el horizonte productivo y comercial de las bordadoras yucatecas, de mano y de máquina, observamos una gran diversidad y complejidad de situaciones en relación con su edad y estado civil; con las múltiples maneras y grados de involucramiento en los mercados; con las diversas formas de organización formal y productiva; con la forma en que se entrelazan sus necesidades de financiamiento con las necesidades del clientelismo político del estado. De acuerdo al punto de vista que se adopte existen diferentes posibilidades.

Según el destino de la producción tenemos dos grandes grupos:

A. *Bordadoras de autoconsumo.* Que todavía conforman el universo mayoritario de las bordadoras mayas yucatecas, aunque cada día son menos y no se sabe cuántas son por falta de un censo. Son aquellas que, como en los viejos tiempos, bordan para el consumo de su familia y venden eventualmente para ahorrar.

B. *Bordadoras para el mercado.* Que según sus variaciones pueden distinguirse considerando las formas de venta. Con fines operativos denominamos forma de venta a una relación de intercambio de productos que corresponde a un sistema productivo.

En el ámbito yucateco se encuentran dos formas de venta fundamentales que son:

- a. Formas mercantiles tradicionales.
- b. Formas comerciales recientes.

A las formas de intercambio tradicional se les llama mercantiles por su relación con la palabra mercado que evoca un fenómeno muy antiguo en donde se realizaban, de manera dominante, tratos directos entre productores y consumidores. Éstos no excluían la presencia de comerciantes profesionales que, sin embargo, no dominaban el mercado.

El mercado, en este caso, estaba dominado por las necesidades de consumo de los propios productores.

Dichas formas han prevalecido en los sistemas productivos tradicionales campesinos en los que los productores producían lo que consumían y la venta de productos y en particular el dinero tenían una importancia secundaria.

En Yucatán, en la época colonial, la extracción de tributo textil se extendió entre las mujeres, pero no lo consideramos parte de los sistemas mercantiles o comerciales porque las mujeres no recibían retribución alguna.

Todavía, aunque cada vez más reducidas, estas formas mercantiles tradicionales pueden estar presentes en el intercambio de bordados en las comunidades mayas de Yucatán.

Por lo que se refiere a formas de venta se definen tres:

- i. Ventas directas individuales para consumo individual (venta eventual).
- ii. Ventas directas individuales para consumo comercial (venta eventual a comerciantes internos o externos).
- iii. Venta individual por encargo para consumo individual (venta sistemática a consumidoras comunitarias o externas).

Las primeras dos formas de venta son las más generalizadas del sistema productivo tradicional de autoconsumo, en el sentido de que todas las mujeres que bordan para el autoconsumo familiar las practican alguna vez en su vida. El hecho de estar generalizadas no inhibe su carácter eventual. Estas formas de venta se han realizado prácticamente desde todos los hogares de las mujeres mayas que bordan para el consumo familiar, pero no de forma sistemática, sino ocasionalmente. Cuando por cierta circunstancia requieren ahorrar, una forma de hacerlo es invertir el dinero en la elaboración de una prenda bordada para no gastarlo. Cuando surge la oportunidad o la necesidad se vende la prenda a una consumidora o a un comerciante de la comunidad o de fuera para materializar el ahorro.

La venta individual por encargo para consumo individual de un consumidor comunitario o externo, ha sido la forma profesionalizada de producir y vender bordado en las comunidades tradicionales. Esta forma sufre transformaciones debido a su vínculo estructural con la producción comercial. El liderazgo social, productivo y comercial de las nuevas formas de comercio, originadas por las necesidades crecientes de dinero ante la crisis agrícola permanente, se incubó en el sector que ha practicado esta forma de venta tradicional. Este segmento constituye el eslabón más fuerte de las productoras de bordado con la economía de mercado.

Las bordadoras que venden "por encargo" conforman el grupo denominado bordadoras "de oficio" o *x-cha' chuy*, (Rejón, 1995). Es frecuente que las bordadoras de "oficio" sean mujeres solteras, viudas o abandonadas que encuentran en el

bordado la fuente de ingreso necesaria en su condición de mujeres “sólas” —que no tienen un esposo que las mantenga como corresponde al orden genérico tradicional articulado a la producción agrícola de autoconsumo— y con la ventaja de realizar su actividad desde el hogar. Los encargos se hacen con base en diferentes modalidades que también pueden incluir la maquila (el cliente da las materias primas y sólo paga la mano de obra).

Este sector ha formado parte importante de la sociedad tradicional y por eso Etcharren —con una mirada no exenta de cierto romanticismo— nos dice que ellas realizan los productos más apegados a la tradición, que son conocidas por el tipo y calidad de su trabajo y que producen para clientes conocidas de la propia comunidad.

Aunque esto pudo haber sido cierto hasta hace algunos años, la situación de estas bordadoras de “oficio” está cambiando velozmente, porque las características tradicionales de este sector han favorecido su adaptación a las expectativas de los nuevos mercados.

Estas mujeres, a diferencia de las casadas con hijos pequeños, pueden dedicar al bordado varias horas diarias y producir bajo los parámetros de eficiencia que la economía de mercado exige. Por eso muchas de ellas no sólo producen para los consumidores o comerciantes ocasionales, como era tradicional, sino que ahora también venden para comerciantes y/o maquiladores de la comunidad o externos.

Este sector también es cuna de líderes y de sus filas han salido muchas dirigentes de los grupos de bordadoras que cuentan con el tiempo y la libertad para realizar las múltiples gestiones legales, políticas, organizativas, financieras, administrativas y comerciales que exige un grupo productivo.

Siempre con base en la disponibilidad de tiempo y libertad, este segmento de bordadoras suele derivar al intermediarismo comercial dentro de la comunidad, en otras comunidades e incluso en su grupo de bordado.

Las bordadoras de “oficio” abandonan la sociedad tradicional para cumplir otras funciones impuestas por las condiciones del mercado fuera y dentro de su economía. Al disminuir la capacidad de autoconsumo de las unidades campesinas mayas yucatecas y al aumentar la necesidad de dinero, la cantidad de mujeres dedicadas al bordado, al liderazgo, a la organización de la producción y al comercio aumenta con el flujo de mujeres casadas con hijos crecidos, con carácter fuerte y maridos débiles o tolerantes, y con mujeres casadas con hijos pequeños y fuertes necesidades monetarias.

Formas comerciales recientes

A diferencia de las formas mercantiles tradicionales, las formas comerciales recientes se han originado y/o extendido en los últimos años. Se usa el término comercial, en lugar de mercantil, para subrayar que la lógica del mercado comienza a ser más importante que la lógica productiva, imponiéndole sus reglas. En el panorama de la producción y comercialización rural del bordado maya yucateco aparecen las siguientes formas comerciales:

1. La venta individual por encargo para consumo comercial es de origen tradicional. En ésta la producción del bordado tradicional se eslabona con la producción comercial y, en cierto modo, constituye la punta de lanza de las nuevas formas comerciales.

Las mujeres "solas", que producen por encargo para consumidoras o comerciantes, comprometen cada vez más su tiempo en la producción comercial a través de diversos caminos: venta de productos realizados por ellas, encargos de comerciantes de la comunidad o externos, o bien la maquila de su trabajo. En el caso de la maquila hay varias modalidades: puede ser que quien encarga aporte la tela, los hilos y los diseños, o aporte sólo alguno de dichos elementos y la bordadora ponga los demás. La maquila puede incluir sólo el bordado o también incluir el pintado y el armado de las piezas, de tal manera que cada prenda tiene un valor que sólo pagan los maquiladores más modernos.

2. La venta colectiva por encargo para consumo comercial se realiza por grupos de bordadoras y está dirigida a comerciantes y/o maquiladores externos o internos que incluyen a las propias presidentas de los grupos. Las prendas se consideran mercancía si las bordadoras aportan todos los insumos y se consideran maquila si sólo se les paga la mano de obra. En este caso también existen variantes que incluyen el pago de alguna o todas las materias primas.
3. La venta colectiva directa a consumidoras o comerciantes se realiza con los productos hechos por las socias de los grupos de bordadoras a través de la venta directa a consumidoras o comerciantes sin encargo previo. La venta se realiza al ofrecer los productos y la persona encargada de dicha actividad no recibe ganancia alguna. Esta forma de venta es poco frecuente.
4. La venta individual de bordadoras que pertenecen a grupos se realiza sin la mediación del grupo. Este tipo de venta es frecuente cuando el gobierno o los candidatos de los partidos otorgan insumos que son repartidos entre las bordadoras. La responsabilidad del "crédito" es individual.

5. La venta de la fuerza de trabajo es realizada por las bordadoras que trabajan para algún taller a cambio de un salario o por maquila.

Al considerar la organización social de la producción, se presentan dos situaciones:

- A. Bordadoras que trabajan por su cuenta.
- B. Bordadoras que pertenecen a grupos.

Las bordadoras que trabajan por su cuenta son las que no pertenecen a un grupo. En este segmento entran las bordadoras de autoconsumo, las que trabajan en sus diferentes variantes (incluyendo que les den o no las materias primas) para maquiladores comunitarios o externos (incluyendo a las que venden a consumidoras o comerciantes, ya sea por encargo o por venta de productos propios).

Muchas bordadoras de este sector son mujeres casadas que no quieren o pueden pertenecer a los grupos y que no requieren tampoco de un ingreso regular, más accesible dentro de un grupo. En el otro extremo están las mujeres sin problemas de financiamiento al tener clientes seguros.

En este rubro caben también las bordadoras que son intermediarias y compran o encargan bordado en su comunidad o en otras, y luego lo venden.

Las bordadoras que pertenecen a grupos se organizan para obtener un financiamiento, requisito establecido por algunas agencias.

Las formas de organización más frecuentes son UAIM (Unidad Agrícola Industrial de la Mujer), SSS (Sociedad de Solidaridad Social) y S. de R.L. (Sociedad de Riesgo Limitado); y en menor medida están las cooperativas. Con el término de 'cooperativa' ocurre lo mismo que con el de 'microempresa': se usan sin rigor, como sinónimo de grupo organizado en un caso y de grupo productivo en el otro.

A partir de la organización técnica de la producción tenemos las siguientes situaciones:

- A. Bordadoras que realizan el proceso productivo en su totalidad.
- B. Proceso realizado con división del trabajo.

Las bordadoras que realizan todo el proceso productivo pintan, bordan y arman. Este tipo de organización puede darse en bordadoras por su cuenta y en bordadoras de grupos. La división del trabajo depende del volumen y/o del tipo de prendas: la confección de muchas prendas introduce la necesidad de una división del trabajo, y también sucede así con la presencia de prendas no tradicionales que involucran cortes, costuras, diseños y distribución de los bordados diferentes a los de los *hipiles*.

La división del trabajo da lugar a las siguientes especializaciones: cortadoras, dibujantes, pintadoras, bordadoras y armadoras, en el caso del bordado de máquina.

La distinción entre dibujantes y pintadoras radica en que las primeras son quienes elaboran dibujos y las segundas son quienes pintan las telas y no necesariamente coinciden, cuestión que no ha sido registrada ni por Rejón (1994), ni por Etcharren (1994), quienes funden ambas actividades en una sola.

Tanto las dibujantes como las pintadoras forman parte de la producción tradicional sólo que en ella no se especializan. Cuando predomina la producción tradicional de autoconsumo, tanto las dibujantes como las pintadoras suelen ser también bordadoras.

Al desarrollarse el bordado comercial las primeras actividades que se separan del bordado son el dibujo y el pintado, entonces aparecen las dibujantes y pintadoras especializadas que, normalmente, dejan de bordar por falta de tiempo.

El corte y el armado de *hipiles* suele derivarse de las bordadoras "solas" por encargo quienes, al ver crecer la demanda, aprenden a cortar y armar y dejan de bordar para encargar el bordado a otras. Su disponibilidad de tiempo y libertad, aunada a su necesidad de ingresos, las impulsa en esa dirección que, en muchos casos, las lleva a dedicarse también al comercio. Estas mujeres suelen organizar, desde sus hogares, a otras bordadoras y a veces son ellas quienes impulsan la formación de grupos.

Las bordadoras generalmente son mujeres casadas que tienen múltiples obligaciones domésticas y que, entre una actividad y otra, toman tiempos para dedicarse al bordado y obtener algún ingreso.

El encargo de prendas diferentes ha acrecentado la necesidad de especialización. Frecuentemente cuando los encargos provienen de comerciantes del exterior ni los dibujos, ni el pintado, ni el corte, ni el armado de los productos se realiza en la comunidad.

Si se toma como criterio el lugar donde se trabaja, las situaciones registradas en las bordadoras yucatecas son las siguientes:

- A. Bordadoras que trabajan en el hogar.
- B. Bordadoras que trabajan en un taller familiar propio.
- C. Bordadoras que trabajan en un taller ajeno dentro o fuera de la comunidad.
- D. Bordadoras que trabajan en un taller grupal propio.

La gran mayoría de las bordadoras mayas yucatecas, ya sea trabajando por su cuenta o en grupos, realizan el bordado en su hogar entremezclado con sus múltiples actividades y rodeadas de familiares y niños.

Algunas bordadoras de pueblos como Kimbilá tienen talleres familiares y trabajan en ellos. Dichos talleres están adaptados en sus casas y son pocos los que existen en el estado. Se trata de talleres usualmente con máquinas industriales.

La contraparte de las bordadoras que trabajan en estos talleres son aquellas que trabajan como asalariadas en un taller ajeno, como los existentes en Mérida, Valladolid y otras ciudades grandes del estado.

Finalmente, existe un taller en Santa María Akú, municipio de Halachó, que pertenece a un grupo de bordadoras que se reúnen a trabajar aunque hace muchos años que no lo hacen en colectivo sino de manera individual. Se trata de un caso aislado en Yucatán. Tienen máquinas industriales y aunque se encuentran en un espacio colectivo cada una es dueña de su propia máquina.

Sólo cuando la producción se organiza en talleres la actividad se desarrolla hasta la categoría de oficio, pero en la gran mayoría de las situaciones esto no ocurre.

A partir del criterio del financiamiento las situaciones observadas son las siguientes:

- A. Bordadoras con financiamiento propio.
- B. Bordadoras con subsidio.
- C. Bordadoras con crédito.
- D. Bordadoras con ganancias.

El financiamiento propio puede provenir de la venta de un cochino, de una gallina o de una alhaja y permite comprar tela e hilos para bordar. Se recurre a éste en el marco tradicional, tanto por las bordadoras de autoconsumo como por aquellas de "oficio".

El financiamiento por subsidio proviene de los candidatos a puestos de elección o del gobierno y sólo se otorga a grupos organizados.

El crédito lo otorgan las instituciones oficiales a grupos "organizados" aunque no se manejan colectivamente. Es frecuente que los créditos acaben siendo subsidios porque caen en cartera vencida y los grupos no los pagan.

Las ganancias provienen de las ventas comerciales voluminosas y constantes y por lo tanto sólo los comerciantes, los maquiladores de las comunidades, los grupos de bordadoras y los comerciantes externos tienen acceso a ellas.

En las distintas regiones la dinámica socioeconómica, cultural y técnica ha favorecido la presencia de diversas situaciones. Por ejemplo, la zona milpera ha propiciado la formación de muchos grupos de bordadoras de máquina de pedal que trabajan en sus hogares, con presidentas intermediarias, maquiladoras y comerciantes que alguna vez fueron bordadoras de oficio y quienes reciben créditos. La zona ex-henequenera presenta menos grupos, ya que en amplias regiones el bordado de

hilo contado ha predominado y es más difícil organizarlo grupalmente. Estos grupos también reciben subsidios pero tienden a trabajar de forma dispersa. Los talleres se han concentrado en pueblos como Kimbilá, Tekit y Teabo.

Se ha aludido a situaciones tradicionales y a situaciones nuevas. Sin embargo, a excepción de los talleres mecanizados y en los que se realiza trabajo asalariado, no se pueden definir las nuevas situaciones en relación con la lógica tradicional.

A pesar de que cada día se recurre más al dinero, como es la familia y no los individuos la unidad desde la que se construye la estrategia de supervivencia, las nuevas situaciones por muy impregnadas de dinero que se encuentren, no parecen subordinarse todavía a la lógica del mercado. Las relaciones comerciales recientes, aunque parecen modernas, miradas más de cerca parecen haber sido absorbidas por una lógica tradicional regida fuertemente por las relaciones familiares, comunitarias y hasta caciquiles. Lo mismo ocurre con las relaciones al interior de los grupos y las relaciones que se dan entre éstos y el gobierno. En la base de esto se encuentra una estructura productiva que ha determinado esta situación.

Nuevas identidades y dinámica de los roles genéricos asociadas al surgimiento y desarrollo del bordado comercial

Lo anterior nos da una idea de las diversas situaciones desarrolladas a partir de la creciente transformación del bordado de autoconsumo en bordado comercial. Pero las modificaciones en los roles de género no se expresan en forma tan variada y, aparentemente, en este terreno se observan dos diferencias básicas: las mujeres líderes que forman parte de los comités directivos y las mujeres de los grupos.

Concuerdo con Rejón en que sólo las bordadoras que forman parte de los comités de los grupos organizados están cambiando su rol genérico de manera perceptible, aunque lenta. Esto se debe a que son ellas las que salen de sus comunidades para realizar gestiones, comprar materias primas y vender, actividades antes monopolizadas por los varones.

Las otras mujeres de los grupos no salen y eso las limita, pero aun así deben reorganizar sus actividades por su compromiso con los grupos, lo cual ha impactado lentamente el orden genérico tradicional en los hogares. Las mujeres que no forman parte de un grupo y para quienes el bordar para vender se concreta en un ingreso, no reflejan ningún cambio en su rol tradicional. En este aspecto se coincide con Rejón (1998) y Ramírez (1998) en sus observaciones de que ingresar dinero no basta por sí mismo para modificar el rol de género de las mujeres porque, frecuentemente, las relaciones de poder al interior de la familia no cambian.

Sin embargo, el hecho de trabajar por un ingreso provoca la reorganización genérica en muchos hogares. Los roles de hombres y mujeres se están modificando porque las mujeres aprenden que otros miembros de la familia—incluyendo a los varones— pueden cuidar a sus hijos y los hombres aprenden lo mismo desde la otra posición (Pacheco y Lugo, 1995). Esto es particularmente cierto para las mujeres que participan en organizaciones por el tipo de compromisos y responsabilidades que imponen los grupos.

Según se aprecia, este cambio de funciones sólo se da entre las mujeres casadas, pues las viudas, solteras y separadas son vistas por la comunidad, en cierta manera, como hombres, porque al estar “solas” tienen que cubrir los roles masculinos y por eso pueden transgredir su rol sin ser sancionadas (Rejón, 1998).

La reorganización de los roles genéricos se ve marcada no sólo por la incorporación de la mujer al mercado, sino porque su papel en los hogares, particularmente en la zona henequenera, se ha vuelto central, debido a que están asumiendo la responsabilidad del hogar ante el fuerte alcoholismo que aqueja a los hombres de la región, que deriva en una creciente irresponsabilidad familiar.

El planteamiento de Luis Ramírez (1998) de que los ingresos de las mujeres están reforzando la autoridad materna y el poder que la mujer maya yucateca ha tenido en el hogar, pueden ser ciertos. Quizás los cambios recientes están colaborando a que el poder doméstico, que tradicionalmente han ejercido las mujeres “por debajo del agua”, se manifieste con toda claridad en la medida en que la mujer tiene ingresos propios.

Producción extensiva del bordado tradicional

Las prendas bordadas, tradicionalmente para autoconsumo, se han realizado comúnmente en el marco del hogar, lo cual deriva en una producción atomizada que se acentúa porque no se borda en tiempos concentrados sino fragmentados. Las mujeres bordan cuando sus quehaceres domésticos lo permiten.

La edad, el tamaño y la composición de la familia influyen mucho en el tiempo que se dedica al bordado. Las familias jóvenes con hijos menores no favorecen la actividad. Las familias maduras disponen de mayor tiempo para el bordado. Una familia con muchos hijos pero con hijas mayores permite darle tiempo al bordado. Las familias con más mujeres que hombres son más favorables, porque se cuenta con mayor apoyo en las labores domésticas. Las muchachas jóvenes y solteras pueden dedicarle más tiempo al bordado que cuando se casan y tienen sus hijos. Las viudas también tienen más tiempo para bordar que otras mujeres.

Como el bordado se realiza a ratos es difícil cuantificar el tiempo que se lleva hacerlo. Cuando se les pregunta cuánto tiempo les llevó hacer un *hipil* las bordadoras generalmente hablan de “días”, “semanas” y hasta “meses”; pero se sobrentiende que no se dedican todo el día a bordar. Finalmente, muchas dicen que le dedican dos horas pero intercaladas con sus labores domésticas.

Las interrupciones obstaculizan la homogeneidad y la velocidad por lo que, desde la lógica del mercado, resulta un tiempo “improductivo”. Este ritmo, sin embargo, esta perfectamente adaptado a las necesidades de autoconsumo que rigen al sistema milpero tradicional.

También el marco doméstico influye en que el bordado frecuentemente no esté limpio o bien presentado, ya que los niños pequeños lo tocan con sus manitas sucias o si se cae generalmente va a dar a un piso de tierra. A veces, cuando las mujeres tienden la ropa, sobre el bordado caen hojas o se paran insectos y lo manchan.

En el marco de la cultura tradicional la “perfección” no tiene significado. A las bordadoras no les importa si se acaba el hilo de un color y le ponen de otro para poder terminar la costura; o si un cuello no cuadra bien y queda chueco, si las puntadas son disparejas, si en los remates se hacen nudos, si se pintó la tela con pluma y no se cubrió bien al bordarla, si al hacer un dobladillo se pasa el hilo sobre el bordado o si no se “pican” bien los arcos de los *hipiles*. Asimismo, cuando comienzan a producir prendas para vender, no importa si éstas son de distinto tamaño aunque constituyan un juego. El concepto de “calidad” de la sociedad occidental no se aplica en el marco tradicional.

En este contexto la puntualidad no tiene valor ya que el bordado está sujeto a múltiples contingencias. Si una bordadora se compromete a realizar una prenda es posible que no la entregue a tiempo porque se enfermó, porque llevó a su niño al doctor, porque su esposo llegó de Cancún y tuvo que atenderlo, porque comenzó la fiesta del pueblo o por otras cosas que, lógicamente, tienen para ella prioridad sobre el bordado. Éste representa sólo la posibilidad de un ingreso que, ante la presencia de otras opciones, se pone en segundo, tercero o último plano.

El volumen de producción bajo estas condiciones es muy bajo desde la óptica comercial externa. El bordado ocupa un lugar entre otras múltiples ocupaciones de la bordadora —tortear, hacer comida, bañar niños, preparar el nixtamal, ir al molino, barrer, atender al esposo, atender los animales y los sembrados, ir a juntas escolares, etcétera— por lo que es difícil elaborar numerosas prendas.

Si bien esta producción artesanal carece de las cualidades que exigen los mercados modernos (calidad, puntualidad, volumen y eficiencia), el poco dinero que obtienen las mujeres por la venta eventual de bordado resulta suficiente para cubrir

las pocas necesidades de dinero que la reproducción de la familia requiere dentro de una economía campesina no decaída.

En este punto es necesario tomar conciencia de que, así como ni la puntualidad, ni la perfección en el trabajo tienen valor, tampoco lo tiene la mano de obra. Al realizar las cuentas con las mujeres que bordan es frecuente que sólo recuperen el valor de la materia prima y cabe preguntarse ¿para qué producen, entonces, si no recuperan el valor de su trabajo?

La elaboración de prendas bordadas que no son para el autoconsumo se realiza con fines de ahorro. A veces se mata y se vende un puerco porque ya no conviene mantenerlo o se venden hortalizas porque ya es tiempo de cosecha, pero no se quiere gastar el dinero. En este caso es frecuente invertirlo en la compra de tela e hilo para elaborar un *hipil* que, por su naturaleza imperecedera, puede conservarse hasta que se necesite el efectivo. Cuando se vende lo que importa es recuperar el dinero que se invirtió, que se ahorró, para esta finalidad. En este contexto no es necesario recuperar la mano de obra, lo que importa es reponer el dinero invertido como si se guardara en una alcancía.

A este tipo de bordado se le llama bordado *extensivo* evaluándolo desde la perspectiva del mercado. Se produce en un marco familiar atomizado en tiempos fragmentados y prolongados con una producción baja y costosa. Este concepto puede extenderse a la producción artesanal en general.

El bordado tradicional, evaluado desde la lógica *milpera* de autoconsumo en la que centenariamente se ha realizado, no tiene por qué considerarse “costoso” pues cumple su función con creces. Sin embargo es importante valorarlo desde la óptica comercial, pues ahora las bordadoras compiten en los mercados modernos y es indispensable localizar las limitantes de su producción para resolverlas sin violentar la producción familiar y diversa que tanta fortaleza les ha dado a través de los siglos. También es importante reconocer que si las bordadoras no aprenden a producir apegadas a las reglas de los mercados modernos su destino será, ineludiblemente, la sobreexplotación de su trabajo. Por eso es tan importante que el impulso de la actividad se dirija a su conformación como *oficio*.

El bordado tradicional se ha transmitido de generación en generación, de madres a hijas, porque todas las mujeres requieren vestirse y se hacen su ropa bordada, y a ello se debe que el bordado esté difundido en todo Yucatán. Desgraciadamente no existen censos artesanales, pero si se calcula la presencia de al menos 100 bordadoras por municipio —lo cual es un número conservador conociendo la realidad de muchos municipios— tendríamos más de 10,000 en los 106 municipios existentes.

LA ACCIÓN ESTATAL EN LAS ARTESANÍAS

Política artesanal nacional y estatal

La política del estado mexicano hacia las artesanías ha variado históricamente de acuerdo al desarrollo regional y nacional de las mismas. Becerril (s.f.) nos informa que la constitución de 1857 no consideró a los artesanos y que la de 1917 hace referencia a ellos sólo desde una óptica industrial. Finalmente agrega que en los años veinte lo artesanal y el arte popular fueron objeto de gran atención pero con un carácter marcadamente estético.

La no consideración de los artesanos en la Constitución de 1857 seguramente se debió a que el fenómeno artesanal, tal como lo conocemos ahora, no existía en ese entonces. Por un lado, en la Colonia fueron introducidas una serie de artesanías traídas de España, como la orfebrería o la talabartería, que se deben de haber constituido en oficios artesanales desde la Edad Media en Europa. Por otro lado, en mesoamérica existían una serie de artesanías que fueron verdaderas especialidades, como el tallado de piedras duras o la escultura en barro, mismas que desaparecieron o fueron desplazadas y/o sustituidas por las artesanías de los conquistadores.

Así que en 1857 las artesanías mesoamericanas no existían como tales y las hispanas seguramente se consideraban en la Constitución en el ramo de los oficios. La referencia a las artesanías desde un enfoque industrial en la Constitución de 1917, puede deberse a que sólo se tomaban en cuenta aquellas actividades realizadas en el marco urbano. Finalmente, la atención que pudieron haber recibido las artesanías en su carácter de arte popular en los años veinte, seguramente estuvo relacionada con el movimiento revolucionario y con la revaloración de la cultura campesina e indígena que dicho movimiento impulsó, misma que se reflejó sobre todo en el arte pictórico mexicano y en el movimiento muralista.

La mayoría de las artesanías actuales fueron en su origen actividades campesinas realizadas para producir valores de uso; esto es fabricación de satisfactores de autoconsumo familiar, que luego se transforman en actividades para la producción comercial, en la medida en que los campesinos ven constreñido su autosustento y requieren dinero para complementarlo.

No fue sino hasta los años setenta cuando se creó el Fideicomiso para el Fomento de las Artesanías que representa una política más claramente definida y más amplia hacia la producción artesanal. Esto no es casual, pues coincide con la crisis agrícola del país y con la creciente demanda de dinero en las economías campesinas, que encuentran una manera de obtenerlo a través de la venta de productos artesanales.

Esto no significa que en épocas anteriores no hubieran habido políticas al respecto. Lo que ocurre es que las políticas previas no tuvieron un carácter ni integral, ni nacional. En los años veinte, en concordancia con la necesidad de afianzar una política cultural propia, se revaloraron el arte popular y la artesanía, y por eso se destacó el aspecto estético en las discusiones y en las acciones. Más tarde, hacia 1940, se comenzó a reflexionar sobre los aspectos sociales y económicos, pero con base en acciones atomizadas, porque sólo algunas regiones como Michoacán, Guadalajara o Santa María, en las que ya existían artesanías consolidadas comercialmente, se planteaba la necesidad de un fomento artesanal impulsado por el Estado. En 1955, en Oaxaca, el Banco Nacional de Comercio Exterior, incorporó la perspectiva económica en los programas artesanales porque la economía estatal así lo exigía.

A partir de 1970, la crisis nacional obligó a la elaboración de una política artesanal nacional, definida integralmente, que procuraba resolver problemas de materias primas, de calidad en la producción, de promoción a través de exposiciones y de comercialización.

En esta década también comenzaron a formarse las primeras Casas de las Artesanías estatales y —aunque Becerril arguye que dichas instituciones fomentarían la desarticulación con el Gobierno Federal— nosotros creemos que su impulso fue un acierto porque la regionalización es una parte importante de la política, ya que las realidades artesanales son múltiples y diversas.

No obstante del reconocimiento de la diversidad de los problemas en torno a la producción artesanal y a sabiendas de que es necesario valorar y preservar, pero también transformar, aún no se tiene claridad sobre el papel potencial y estratégico de la producción artesanal como generador de empleos rurales y de cultura a nivel nacional, como tampoco se ha cobrado conciencia de que las artesanías campesinas no han estado organizadas como *oficios*, dado que tradicionalmente no han sido producidas con fines comerciales y porque dicha transformación es una tarea muy grande que involucra el conocimiento profundo de cada actividad que demanda una acción planificada y constante para conducirla a una profesionalización que propicie un crecimiento sólido, amplio y digno.

En Yucatán la crisis nacional se reflejó en el deterioro de las economías henequenera y maicera, y en concordancia con la tendencia nacional de impulso a la artesanía fue creado el Departamento de Artesanías del Gobierno del Estado en 1970, que a partir de entonces ha sido el instrumento principal de fomento artesanal en esa entidad. Sin embargo, ya desde mediados de la década anterior se realizaron ferias artesanales en algunos parques de Mérida y en los bajos del Palacio de Gobierno. El Programa de Diversificación Agropecuaria y el impulso a las artesanías fue-

ron impulsados con el fin de ofrecer alternativas de empleo a los campesinos, amortiguar la migración a las ciudades y contrarrestar conflictos sociales (Villanueva, 1966: 44-45).

Brazo importante del Departamento de Artesanías ha sido la Casa de las Artesanías, pues desde allí se ha apoyado la comercialización. La tienda ha pasado por sus altas y bajas, pero en los últimos años se ha ido avanzando en la definición de una imagen que favorece la presentación de los productos. Además se ha trabajado en el costeo de los artículos artesanales con el fin de estimular a los artesanos a ser más competitivos.

Se ha coordinado con instituciones como FONART (Fondo Nacional para el Fomento de las Artesanías), para organizar concursos y exposiciones, motivando con ello la creatividad y el mejoramiento de la calidad. En la última década se ha abierto un espacio para nuevos diseños que fomenta, además, la diversificación artesanal. También se ha incidido en la producción a través de la realización de capacitaciones técnicas en algunos ramos artesanales y trabajando con recomendaciones en el diseño.

En los años setenta, uno de los aspectos de la política estatal que más destaca fue la organización de artesanos y el fomento de cooperativas. Con esto se buscaba convertirlos en sujetos de crédito, reducir los costos de producción al favorecer compras al mayoreo de las materias primas con los créditos obtenidos y eliminar intermediarios. Hoy sabemos que, aunque organizados puedan obtener créditos, frecuentemente a los y las artesanas no les conviene obtenerlos, porque aún no son lo suficientemente competitivos y los intereses los rebasan.

Aunque las compras al mayoreo ayuden a disminuir el costo de las materias primas, el punto crítico de los costos altos en la producción artesanal sigue siendo el valor de la mano de obra, porque la tecnología sencilla y la organización atomizada de la producción lo elevan. Incorporar alta tecnología contradice al ser artesanal, pero concentrar su producción en talleres para transformarla, lo beneficia y le permite realizar su actividad como oficio. Finalmente, el papel del comerciante que compra los productos al artesano es muy importante e imposible de eliminar, sobre todo en una economía de mercado. No es posible que todos los artesanos vendan directamente a los consumidores, ya que esto sólo es factible cuando la ubicación de las comunidades productoras de artesanías lo permite.

Otra articulación importante ha sido la realizada con las instancias de turismo para promover paralelamente la actividad turística y las artesanías mediante exposiciones y ventas en el extranjero.

Aunque la política hacia la producción artesanal ha sido importante y ha repercutido favorablemente al ampliar la demanda, las filas del artesanado comercial han

aumentado a un ritmo mayor. Creemos que el gobierno todavía no ha evaluado adecuadamente el crecimiento del sector y su papel potencial como generador de autoempleo entre los campesinos. Así como los retos que esto requiere enfrentar. Por ejemplo, la capacitación en las distintas ramas no se imparte de manera sistemática, ni con base en diagnósticos que permitan definir con precisión las necesidades que se requiere satisfacer con la capacitación, dadas las especificidades de los procesos de los grupos productivos. Tampoco se ha trabajado en la producción sobre la base de diagnósticos y con la sistematicidad que el caso requiere, para ir construyendo los aspectos técnicos que en la producción y en la organización de la producción de cada rama artesanal se necesitan, para apoyar a los y las artesanas en la organización de su actividad de una manera más eficiente y con mayor capacidad autogestiva para responder a las necesidades de los crecientes y complejos mercados actuales.

Entre quienes producen artesanías destacan las artesanas, dado que muchas de las actividades que las mujeres realizaban para fines de consumo familiar se han ido transformando en artesanías comerciales, de modo que la incorporación creciente de la mujer en trabajos productivos ha sido un fenómeno nacional que, también desde los años setenta, dio lugar a la intervención creciente del Estado en el sector femenino, a través del fomento a organizaciones de mujeres y créditos para las mujeres.

Panorama artesanal

Antes de detenernos en las características que presentan los grupos de mujeres y en particular los de bordadoras, queremos ofrecer un esbozo del universo artesanal en Yucatán.

A excepción de la orfebrería y la talabartería, que fueron actividades introducidas durante la Colonia, la mayoría de las actividades artesanales provienen de la economía campesina de autoconsumo.

Los canastos de bejuco se han tejido tradicionalmente para guardar maíz y por eso, al igual que las bolsas y sogas de henequén, se producción se extiende a todas las comunidades de la región. También los sencillos muebles y utensilios de madera de las casas campesinas han sido y siguen siendo para el autoconsumo, de modo que el actual tallado de piezas de madera es de origen turístico aunque se inspira en la antigua iconografía maya. La talla de piedra tiene orígenes prehispánicos, pero incorporó nuevas tradiciones con la demanda de los españoles de fuentes, columnas y demás elementos que decoraban sus casas. Actualmente ambas tradiciones se están impulsando comercialmente.

El tejido de palma de huano para la elaboración de escobas y sombreros para consumo regional se ha transformado con el desarrollo del turismo y actualmente los productos predominantes se dirigen a este mercado.

La confección de hamacas ha sido muy característica de la región y tiene su origen en la hamaca caribeña introducida por los españoles, cuya técnica se perfeccionó y su uso se extendió a tal grado que es un elemento que identifica fuertemente a la región. La alfarería también se ha desarrollado aunque con limitaciones porque no existen amplios yacimientos y el barro local no favorece un trabajo fino ni cerámicas con gredas para vidriado.

También conforman parte de la tradición de Yucatán, la cerería, la pintura popular y la artesanía de concha y caracol.

En este no tan vasto panorama —sobre todo si se lo compara con otras regiones del país— destaca el bordado, por ser la más extendida de las artesanías y la que cuenta con la mayor diversidad técnica.

Actualmente la mayoría de estas artesanías se producen comercialmente y en los últimos diez años asistimos a un proceso de innovación de diseños, mejoramiento de la calidad y a un impulso de las actividades que incluso ha hecho surgir nuevas artesanías —algunas inspiradas en antiguas actividades como la elaboración de papel de cortezas de árbol— que también se observa en otros estados del país.

Aunque la problemática técnica que enfrenta cada actividad es diferente y requiere de un conocimiento y tratamiento específico, los aspectos productivos, organizativos y de comercialización que hemos observado como limitantes del bordado también afectan a la mayoría de las artesanías, exceptuando a la orfebrería, la tala-bartería y la alfarería, que se organizan en talleres y que, a diferencia de las otras, sí están conformadas como oficios. Esto no significa que no presenten problemas, pero se ubican en una dimensión de existencia diferente porque, al menos, están ya organizadas para la comercialización.

Organizaciones de mujeres y de bordadoras

Desde 1971 en el ámbito nacional se comenzó a fomentar la formación de Unidades Agrícolas Industriales de la Mujer (UAIM), con el fin de que las mujeres pudieran acceder a créditos y otros beneficios de la acción estatal para impulsar el desarrollo rural. En Yucatán, considerando que esta promoción coincidió con el agudización de la crisis agrícola, hubo una respuesta muy grande y muchas mujeres se organizaron bajo esa figura jurídica. Para 1993 se reporta la existencia de 275 UAIM en Yucatán (Pinto y Villagómez, 1995).

Las actividades que se desarrollaron a partir de las UAIM fueron las mismas que las mujeres desempeñaban en sus hogares, pero realizadas con fines comerciales y con una aparente organización en grupos. Hubo UAIM porcícolas, avícolas, hortícolas y artesanales, estas últimas generalmente orientadas a la elaboración de hamacas y de bordados.

Además de las UAIM, algunas mujeres se organizaron en Cooperativas y posteriormente las Sociedades de Solidaridad Social fueron la forma jurídica más acogida, debido a que presentaba mayor flexibilidad que la UAIM. Actualmente, la política gubernamental vuelve a favorecer a las cooperativas y las SSS están reorganizándose como tales (comunicación personal Julio Maccossay, 1998). Para 1998 se reporta la existencia legal de 2,000 SSS, de las cuales solamente funcionaban 10, entre las que se encuentra una de las que están relacionadas con nuestro proyecto (la SSS Xmanikté de Abalá).

Las bordadoras de Yucatán, además de agruparse en UAIM y en SSS, han operado bajo otras formas de organización. Cerca de 40 grupos de mujeres que han accedido a créditos de bordado a través de los Fondos Regionales de Solidaridad de Valladolid y Sotuta, no tienen una personalidad jurídica específica, pero están organizadas y reciben crédito de dichos fondos. A través del programa Mujeres en Solidaridad, varias mujeres se organizaron para actividades productivas y, entre ellas, encontramos varios grupos de bordadoras. Finalmente, existen grupos organizados que trabajan y que no están conformados jurídicamente.

No todas las organizaciones registradas están operando, ni todas han recibido créditos o subsidios. Esto se debe a múltiples problemas relacionados con limitaciones en la forma en que se produce y realiza técnicamente la propia actividad y con problemas que se derivan del sistema político.

Muchas de estas organizaciones —aunque surgen por la necesidad de ingresar dinero a los hogares— dado que se constituyen en coyunturas políticas electorales para recibir subsidios asociados a la compra de votos del partido oficial, no logran sus objetivos y su acción está desvirtuada por problemas políticos. Asimismo, los créditos que se otorgan generalmente nacen bajo el mismo signo, de modo que las actividades no se realizan en el marco programas de acción planificados, con planes de pago de los créditos, ni se establecen sistemas de seguimiento, asesoría y capacitación, que permitan que los grupos manejen adecuadamente sus fondos y que vayan organizando la producción de una manera colectiva y orgánica que permita construir verdaderas empresas sociales.

El desorden que impera en los grupos favorece manejos de dinero poco transparentes que llevan a conflictos y rupturas generando la desconfianza en los mismos.

Centralismo y participación reducida de los grupos de mujeres

Para los grupos de bordadoras organizarse significa constituirse en una figura legal y tener un comité para poder obtener financiamientos. En la realidad, pocas mujeres participan o se hacen responsables de las tareas del grupo y generalmente son las presidentas las depositarias de la autoridad y de la responsabilidad de las acciones. A veces las secretarías acompañan a las presidentas en las gestiones y el dinero no lo manejan las tesoreras, sino las presidentas.

Al solicitar créditos, por ejemplo, la presidenta de los grupos es la que se hace responsable de realizar la gestión y, una vez obtenido el crédito, de juntar el dinero y realizar los pagos. Esto es así porque, en general, en las economías tradicionales se acostumbra depositar la autoridad en la figura del líder y cederle las decisiones. Además, según Nadal (comunicación personal), para la presidenta y para el grupo, las actividades que aquélla realiza para éste —en virtud de que son muy apreciadas porque pocas mujeres las realizan, por las transgresiones sociales que representan, como salir, frecuentar los espacios públicos, tener tratos con hombres— son vistas y vividas como un sacrificio que a cambio exige de la sumisión de las socias.

Cabe notar que la mayoría de las mujeres que son líderes de grupos son viudas, separadas o solteras y, como tales, están autorizadas socialmente para realizar las tareas que implica su liderazgo, porque no tienen un hombre a quien rendirle cuentas. No obstante, es cierto en parte que, como dichas personas se sacrifican por las otras al dedicar su tiempo a gestiones que las demás no pueden realizar, exigen una sumisión por parte de las socias.

Es frecuente que, una vez que se ha tenido acceso a dinero, la presidenta de los grupos comience a hacer uso del mismo para cubrir necesidades personales y que ello derive en problemas, divisiones y desconfianza. Esto ocurre, por un lado, porque las líderes terminan formando parte del sistema corrupto que las reclutó, porque les conviene dadas las ventajas que obtienen y porque no les queda otro remedio si quieren seguir teniendo el apoyo de los gobiernos. Esto se acentúa si consideramos la falta de asesorías, seguimiento y capacitación que permitan que las mujeres ejerzan sus fondos ordenadamente y con controles que favorezcan el rendimiento de cuentas y la vigilancia colectiva.

La producción, por otra parte, como se realiza individualmente, no favorece la participación en las responsabilidades colectivas de todas las socias de los grupos. Los créditos no se manejan colectivamente, sino que suelen repartirse entre las bordadoras y cada una responde por su parte del crédito de manera individual. La venta

también se busca de manera individual o la realiza la presidenta del grupo que juega, frecuentemente, el papel de intermediaria.

La carga de las labores domésticas y el analfabetismo son factores decisivos que frenan a las mujeres en sus posibilidades de responsabilizarse cuando pertenecen a un grupo.

Finalmente, hay que destacar que otro límite muy importante para que los grupos de bordadoras puedan operar realmente como tales —esto es tomando decisiones autónomas— es el hecho de que las decisiones no se toman en el grupo de bordadoras, sino en cada hogar. El esposo concede o no los permisos para que cumplan compromisos como la asistencia a reuniones, la salida a comprar materias primas o a vender. Los chismes juegan un papel importante en el control social de las mujeres por sus esposos.

En este sentido, se ha perfilado como una necesidad para el avance de las organizaciones de bordadoras que tengan costureros donde se reúnan a trabajar, porque el espacio propio es una premisa importante para crear una identidad colectiva y para poder tomar decisiones autónomas. Esto no es fácil, porque hay resistencias fuertes de parte de los esposos, quienes consideran una transgresión muy fuerte al sistema de género que las mujeres tengan espacios propios, dado que son el basamento del puente para participar en los espacios públicos (Nadal, 1995). Al planteamiento de Nadal le agregaría que, además, con los talleres se logra hacer visible y pública la actividad que hasta ahora ha permanecido privada e invisible, impulsando con ello el reconocimiento social y propio de que la actividad es valiosa y productiva, aspectos de los cuales actualmente no se tiene plena conciencia.

La conclusión es que ni la forma de producción, ni la forma de comercialización, ni el sistema de género, han favorecido la autonomía de los grupos de mujeres.

Créditos

Originalmente, los créditos a bordadoras fueron otorgados por Banrural. Posteriormente, se han otorgado por medio de la Secretaría de Desarrollo Rural, de FONAES, o del INI que maneja fondos provenientes de múltiples fuentes. Eventualmente la Casa de las Artesanías del gobierno del estado, también otorga créditos a artesanas.

Los créditos que otorgaba Banrural, en los años setenta y ochenta, incluían compra de materias primas y mano de obra. Las artesanas no manejaban dinero. Banrural entregaba, primero, el dinero para las materias primas que se compraban en el momento de salir el crédito; y después, a la entrega de los productos, pagaba la mano de obra correspondiente. Banrural mismo se hacía cargo de la comercialización, por

lo que este sistema se volvió insostenible dado que, como empresa financiera, Banrural no tenía infraestructura para ventas y llegó un momento en que tenía bodegas llenas de productos que no se vendían al mismo ritmo que se producían. Esto en buena medida se debió también a que los productos no eran atractivos para el mercado.

Una modalidad de crédito que se ha generalizado para evitar dar dinero y que los grupos tengan problemas de malversación de fondos, es otorgar los créditos en forma de paquetes de materias primas; el inconveniente radica en que tales paquetes son preestablecidos pensando en una producción de *hipiles* y *justanes*, porque es lo único que por tradición saben hacer; esto impide que las bordadoras hagan algo diferente y que determinen lo que necesitan para trabajar. También desalienta el trabajo el hecho de que la mano de obra se recupere hasta que se vende la prenda. Si bien este sistema evita que haya malversación de fondos al inicio del proceso, no impide que la haya en el momento en que se recupera el dinero por ventas.

Además de los problemas descritos, cabe señalar la dificultad de que se den apoyos importantes a los grupos de mujeres a causa de prejuicios y desconfianzas de orden genérico, en suma, a causa del sistema machista imperante en los medios oficiales. No obstante, las cada vez más numerosas experiencias de grupos de mujeres que pagan sus préstamos están cambiando la actitud escéptica de los financiadores hacia los grupos de mujeres. Al respecto, quiero subrayar que, de acuerdo con mi experiencia, el otorgamiento de créditos —no sólo entre mujeres campesinas, sino también entre hombres—, no debe promoverse mientras no se resuelvan problemas previos de organización, producción, administración, contabilidad y comercialización, cuya solución es indispensable antes de enredar a las mujeres o a los hombres campesinos con compromisos crediticios que no están preparados para asumir. Considero que mientras un grupo está formando la experiencia productiva que le permitirá consolidar su actividad en términos comerciales, debe recibir subsidios o, en todo caso, créditos blandos que no impliquen un costo financiero muy alto, al mismo tiempo que reciben la capacitación y asesoría necesarias para fortalecer su experiencia.

Comercialización

Como ya mencionamos, cuando Banrural otorgaba créditos a las bordadoras, el propio banco se encargaba de la comercialización. En la actualidad, cuando se les otorgan los créditos a los grupos no se establecen compromisos de comercialización con las bordadoras y son ellas mismas las que se quedan con las prendas que no

pueden vender, lo cual es bastante frecuente porque no producen con calidad, porque han abarrotado el mercado con *hipiles* y “ropa típica” que ya no es atractiva para los nuevos mercados, y porque no tienen condiciones para comercializar debido a que sus compromisos domésticos se los impiden, porque es difícil la comunicación desde sus pueblos y muchas mujeres no saben leer ni escribir. En los casos más extremos ni siquiera elaboran prendas bordadas, sino que simplemente venden la materia prima a quienes sí bordan.

En el oriente, las organizaciones de artesanas que se han organizado con dinero del Fondo Regional de Valladolid, impulsado por el INI, salen a vender a la plaza central de Valladolid a los turistas que viajan por la ruta Mérida-Chichén Itzá-Cancún. Sin embargo, enfrentan problemas de abarrotamiento de mercado a causa de que sólo producen la ropa tradicional y la “típica”, de mala calidad y en la que la ausencia de manejo de tallas, limita aún más la venta. Por otra parte, la mayoría de las bordadoras que forman parte de estos grupos entregan sus prendas a las presidentas, que en realidad son intermediarias.

En Mérida, varias tiendas del centro y las ventas que se promueven los domingos por parte del Ayuntamiento, son para estimular a los artesanos. En el caso del bordado, apenas comienzan a aparecer en el monótono paisaje del bordado típico y tradicional algunos productos nuevos como los que se han impulsado en nuestro proyecto.

La Casa de las Artesanías ha jugado un papel muy importante desde que se creó, en 1976, ya que ha sido uno de los principales compradores de artesanías. En los últimos siete años se ha trabajado mucho para impulsar la calidad y la renovación del diseño. Actualmente vende en el centro de Mérida, en el aeropuerto y en Uxmal, y este año tiene intenciones de abrir una tienda en el norte de Mérida y otra en Chichén Itzá. En este último sitio existe un mercado enorme porque confluyen allí prácticamente todos los turistas que visitan Yucatán o Quintana Roo. Sin embargo, las artesanías que allí se venden son, en su mayoría, de otras partes de la república y de muy mala calidad.

Las tiendas artesanales se han multiplicado por todo el estado al calor del desarrollo turístico pero, al igual que en Chichén, muchas veces no se venden las artesanías yucatecas debido al estancamiento que reflejaron por mucho tiempo.

Actualmente se están recreando los diseños, se están generando otros nuevos y se están aplicando a productos de consumo moderno. Sin embargo, no ha resultado fácil encontrar los segmentos adecuados del mercado para muchos de los nuevos productos artesanales.

Cuando se ha elevado la calidad de algunos productos y, por lo tanto, suben los precios, mucha gente que tradicionalmente consumía artesanías deja de comprarlas

porque tienen el prejuicio de que la artesanía por definición es barata; es decir, por provenir de grupos étnicos discriminados socialmente se espera que regalen su trabajo. Pero el hecho de que se continúe dirigiendo los productos de diseño renovado exclusivamente a los mercados turísticos, cuando en realidad deben dirigirse a otros segmentos del mercado, también ha influido para que los artículos renovados no se vendan tan fácilmente, porque se trata de productos que, al rediseñarse, quedan preparados para ser consumidos por otros sectores sociales nacionales o internacionales con mayor poder adquisitivo.

Capacitación

La capacitación en el campo del bordado ha sido prácticamente inexistente. Sabemos que en la década de los setenta, se realizaron capacitaciones en bordado de máquina, en el área de Valladolid, por parte del INI, cuando se fomentó el costurero de Dzitnup. En el campo del bordado de mano, nunca hemos escuchado de capacitaciones a las bordadoras rurales. No ha existido un cuerpo técnico de especialistas —equivalentes a los cuadros que provienen de las escuelas agrícolas— que capacite a las bordadoras en todos los niveles que lo requieren: teórico, informativo y técnico para conocer aspectos como la historia del bordado maya yucateco y de otras partes de Mesoamérica y del mundo; los diseños y la simbología relacionada con los mismos; el papel cultural del bordado a través del tiempo y en distintas sociedades; su aplicación a través del tiempo y del espacio; los problemas organizativos y de comercialización; su relación con el sistema de género; la mejora de la calidad de su bordado mediante el aprendizaje de nuevas puntadas, de nuevos diseños, de nuevas aplicaciones y de nuevos productos; el aprendizaje del diseño en sí mismo; el costeo de los productos y el manejo contable de la producción; así como la organización para la producción.

Si consideramos que el bordado se ha realizado en el ámbito doméstico para satisfacer necesidades familiares, es explicable que no hubiese un desarrollo profesional del mismo. Sin embargo, en la actualidad nada justifica que no se impulse la profesionalización de la actividad, dado su creciente carácter comercial.

En el campo de la costura, las promotoras del DIF, de la SRA, del Banrural y de la SARH, han realizado, a través del tiempo, cursos de capacitación de corte y confección básica y ello es lo que ha favorecido el desarrollo de la “ropa típica”. Sin embargo, este tipo de cursos los han tomado, mayormente, mujeres “de vestido” y las “mestizas” no manejan este tipo de conocimientos. Esto se debe a que dichos cursos se toman básicamente con fines de autoconsumo y, obviamente, las “de vestido” son las que principalmente aprenden corte y confección, ya que ni los *hipiles*

ni los *justanes* requieren de un conocimiento complejo de costura porque se elaboran sólo con costura recta, sin pliegues, ni pinzas.

Aunque a veces los grupos de bordadoras han recibido cursos de administración o de organización, éstos no sirven de mucho debido a que, por un lado, se administran como paquetes sin tomar en cuenta las necesidades específicas de cada grupo y, por otro lado, dado que los grupos realmente no tienen un sustento productivo y comercial de tipo orgánico, las nociones de administración, que están hechas para empresas sociales, no sirven para la experiencia productiva y comercial atomizada que viven las bordadoras.

Asesoría y seguimiento

Si no ha habido capacitación, menos podemos esperar que hayan habido instancias que otorguen una asesoría técnica, administrativa y organizativa permanente a los grupos de bordadoras, y que den un seguimiento adecuado y lo suficientemente prolongado como para que los grupos consoliden su trabajo en los ámbitos técnico, productivo, organizativo y comercial. Desgraciadamente los apoyos que provienen de instituciones oficiales tienen una serie de límites que no favorecen el mejoramiento de los grupos: los técnicos no están bien preparados ni bien pagados, lo cual resulta en una falta de compromiso con los grupos; el bordado no ha sido desarrollado profesionalmente como para favorecer el desarrollo de la actividad; con cada cambio administrativo cambian los programas, proyectos y enfoques, de modo que no hay continuidad en las políticas; las instituciones oficiales han estado más interesadas en ganar clientela política que en resolver los problemas, de modo que la asesoría y seguimiento no es algo que importe.

Problemática de género en la región

En Yucatán, como en todo el mundo, el sistema de género refleja un papel de subordinación de las mujeres hacia los hombres; sin embargo, las mujeres también manifiestan un poder —muchas veces comparable al que se observa entre las zapotecas del Istmo— y que, igual que en Oaxaca, ha conducido a muchas gentes a pensar en la existencia de un matriarcado. El matriarcado, si es que existe, es simbólico, como lo considera Ramírez (1998), y se finca y despliega en los espacios íntimos del hogar pero no en los espacios públicos.

La realidad genérica de las mujeres yucatecas nos lleva a suponer que el dominio masculino no se expresa igual en todas las realidades sociales y culturales, sino

que debe haber una tipología del dominio masculino y que, en ese sentido, Yucatán no presenta un sistema de dominio masculino de corte machista como el que puede observarse en otros lugares. En Yucatán el dominio de los hombres sobre las mujeres parece haber sido, por tradición maya, un dominio más sutil que luego se vio endurecido por la presencia española.

Las observaciones de los españoles del dieciseis, dejan ver una relación entre mujeres y hombres que refleja una expresión de las mujeres que sería imposible en un sistema de dominio masculino de corte machista al estilo musulmán, por ejemplo. Landa (1982: 57-58) nos dice, entre sus comentarios sobre las mujeres:

Son celosas y algunas tanto, que ponían las manos en quien tienen celos, y tan coléricas y enojadas aunque harto mansas, que algunas solían dar vuelta de pelo a los maridos con hacerlo ellos pocas veces [...]

Tienen costumbre de ayudarse unas a otras al hilar las telas, y páganse estos trabajos como sus maridos los de sus heredades y en ellos tienen siempre sus chistes de mofar y contar nuevas, y a ratos un poco de murmuración [...]

Emborrachábanse también ellas en los convites, aunque por sí, ya que comían sólas, y no se emborrachaban tanto como los hombres [...]

La Relación de Motul, dice que los hombres:

No hacían vida más de con una mujer, pero por livianas causas la dejaban y se casaban con otra, y había hombre que se casaba diez y doce veces, y más y menos, y la misma libertad tenían las mujeres para dejar a sus maridos y tomar otros... (De la Garza, *et al.*, 1983: T. 1, 270).

Aunque se excluía la participación de las mujeres de los espacios públicos, no se les impedía ejercer violencia sobre los hombres, ser infieles, emborracharse o tener sus campos propios de acción. Este sistema se refleja, todavía, en las áreas más tradicionales de Yucatán y quizá sea la raíz del poder femenino que Ramírez reporta para el Yucatán de hoy.

En la zona milpera, algunos autores señalamos que la división del trabajo entre los sexos, hasta hace diez o veinte años, no involucraba, al interior del sistema, sobrevaloración de las actividades masculinas (Elmendorf, 1979; Rasmussen y Terán, 1991). Asimismo, se reflejaba una relación más respetuosa hacia las mujeres que en otras regiones en comentarios masculinos frecuentes que descalifican la violación y

aprueban el control de la natalidad, así como en una tolerancia hacia el adulterio femenino y masculino, como también se manifiesta en los testimonios del primer obispo yucateco (Rasmussen y Terán, 1991).

Asimismo, la interpretación maya del mito de la creación cristiano, que todavía se maneja en pueblos tradicionales de la zona milpera, deja ver un trato amable hacia las mujeres, cuando Dios, al crear a Eva, no aceptó las sugerencias de Pedro y Pablo de formarla de un dedo de la mano de Adán, —porque podría estrujarla—, ni de un dedo del pie —porque la pisotearía—, y eligió usar una costilla para que Adán la amara (Terán y Rasmussen 1992: T. 1, 59). Además, en el mismo mito, Eva —por iniciativa propia y sin ser tentada por el demonio—, le propone a Adán bajar unos plátanos (en el trópico no hay manzanas) porque Dios ya se había retrasado a una cita que tenía con ellos para bajarlos, él mismo, del árbol. Cuando llega Dios, Eva y Adán esconden los plátanos entre sus piernas y Dios los transforma en sus respectivos sexos. Es decir, que en la visión maya los sexos masculino y femenino provienen, los dos y no sólo el del hombre, de los plátanos.

También hay que señalar que, entre las mayas peninsulares, nunca adoptan el apellido de los esposos como ocurre en nuestra sociedad. Toda su vida continúan identificándose con sus apellidos de solteras.

Desgraciadamente no existen los estudios de género basados en la iconografía maya, que constaten el origen prehispánico de estas relaciones.

Aparte de los comentarios que ofrece Landa —que son de tomarse en cuenta considerando todos los sesgos de su mirada como hombre eclesiástico del siglo XVI y conquistador de almas extraviadas— no tenemos más elementos para fundamentar lo que decimos, que un estudio de Haviland (1997) sobre muerte y género en Tikal, Guatemala. En éste se analiza la diferencia entre entierros masculinos y femeninos, considerando localización, construcción, calidad y cantidad de ofrendas, y deja ver que la desigualdad genérica variaba a través del tiempo y de las clases sociales, pero que se manifestaba con mayor fuerza en la élite. El antropocentrismo, de acuerdo con Haviland, aparece ligado al desarrollo del Estado centralizado y el autor dice que la inequidad debió de ser menos pronunciada en centros más pequeños y menos centralizados.

Esta hipótesis resulta interesante, porque las características ecológicas y agrícolas del norte yucateco no favorecieron el centralismo hasta etapas muy tardías —en Chichén Itzá y en Mayapán, por un tiempo corto (entre 1200 y 1500 d.C.)— ya que cuando los españoles llegaron a Yucatán, el poder estaba fragmentado en dieciséis cacicazgos (Roys, 1957) y así parece haberlo estado antes de las hegemonías de los Itzaes y de los Cocomes.

La base de la economía era —y continuó siéndolo hasta fechas recientes en la llamada zona milpera del oriente y sur yucatecos— la producción milpera, que se organiza de forma atomizada, propiciando una estructura del poder también dispersa, lo cual concuerda con la hipótesis de Haviland y con las características genéricas que aún se observan en el área.

En la zona ex-henequenera la mayor influencia española habría favorecido la instauración de un dominio masculino de carácter machista que habría permeado a la población maya. Actualmente, dicho dominio machista ha venido fortaleciéndose como consecuencia del alcoholismo provocado por la crisis agrícola del henequén y el empobrecimiento de los campesinos, en combinación con la corrupción moral que aqueja a los varones de la zona, establecida por el sistema oficial a través de Banrural y Cordemex durante varias décadas de este siglo.

El caso es que, actualmente, ante los embates de las crisis recientes y ante el creciente proceso de escolarización, el destino femenino —antes reducido al ámbito doméstico— ha venido cambiando y cada día son más las mujeres que trabajan en espacios públicos como fábricas, talleres, restaurantes u oficinas, y que ingresan dinero a los hogares.

Sin embargo, estos hechos no necesariamente reflejan autonomía y equidad genérica, pues muchas veces lo que ocurre es que las mujeres adquieren mayores responsabilidades que no necesariamente se traducen en mayor poder. Además, y es lo que hemos observado en el caso de las bordadoras, muchas decisiones siguen en manos de los hombres y todavía hay mucho por hacer para lograr una relación genérica justa y equitativa.

Para concluir este apartado diremos que, así como la historia del bordado arroja información que nos ilustra sobre su importante potencial, el conocimiento del bordado actual nos permite ver que los retos que enfrenta la transformación de la actividad son innumerables y que lograr el paso hacia una actividad comercial implica una tarea enorme que apenas con base en el naciente trabajo realizado por nuestra organización y con la presente sistematización, comenzamos a visualizar en toda su dimensión.

III. EL PROYECTO MAYA CHUY: EL RENACIMIENTO DEL BORDADO EN YUCATÁN

Origen, objetivo y trayectoria

El proyecto Maya Chuy (así lo denominaremos en adelante con fines de simplificación) inició en 1992 en el marco del Centro de Estudios para el Desarrollo Regio-

nal A.C. y posteriormente se insertó en la Fundación Tun Ben Kin A.C., que nació un año después, en donde se desarrolla desde entonces.

El proyecto ha tenido como objetivo central transformar el bordado en una fuente de ingresos dignos para las bordadoras maya yucatecas y partió del supuesto de que la punta de lanza de dicha transformación era el trabajo en el diseño para diversificar la producción y elevar la calidad de los productos, ya que sólo productos atractivos, variados y de buena calidad, podrían abrir las puertas de los mercados para que el bordado pudiera generar los ingresos dignamente remunerados que las bordadoras esperan.

Lograr el objetivo central tiene repercusiones importantes: frena la migración laboral femenina hacia las urbes, colaborando a evitar la concentración urbana con todas las consecuencias que implica, al favorecer la permanencia de las mujeres en sus comunidades y cerca de sus hogares reforzando la integración familiar y previniendo así la drogadicción y delincuencia que comienza a perfilarse en el horizonte rural yucateco; impulsa la equidad genérica y la autonomía de las mujeres; amortigua la presión sobre los recursos naturales al favorecer la obtención de ingresos en actividades alternativas; y, finalmente, fortalece y desarrolla la cultura y la identidad regionales.

Con un apoyo de Caritas de Dinamarca, antes de iniciar acciones se realizó un diagnóstico en 33 comunidades, se recopilaron 160 piezas para conocer las técnicas, las prendas y la calidad existentes, se registraron los grupos formales e informales y su trayectoria organizativa y de comercialización. Sobre esa base y con la ayuda de una bordadora profesional danesa, se comenzó a trabajar con tres grupos para mejorar la calidad de su bordado, para aplicar el bordado tradicional a productos de consumo moderno y para aplicar nuevo bordado inspirado en la flora, fauna y cultura regionales y en la iconografía maya. Esta etapa duró dos años (1992-1994) y culminó con una gran exposición que fue montada en el MACAY (Museo de Arte Contemporáneo Ateneo Yucatán) y que, reducida, ha quedado como exhibición permanente en el Museo que está en el centro de Mérida.

Hasta ese momento pensábamos que nuestra labor consistía en generar diseño y capacitar a las bordadoras para mejorar la calidad de sus productos y para aplicar sus bordados tradicionales o los bordados renovados en artículos de consumo moderno, así como impulsar su autogestión. Sin embargo, pronto nos dimos cuenta de que el bordado en Yucatán no era un oficio y que su producción se encontraba en una fase doméstica —y por lo mismo muy atomizada— así que la introducción de nuevos productos, nuevos diseños y de una normativa de calidad, además de involucrar cambios importantes en los procesos técnicos de trabajo y en la organización

de la producción, también implicaba el ingreso en una dinámica de mercado que ni nosotras ni las bordadoras estábamos preparadas para manejarla adecuadamente. Esto obstaculizaba la posibilidad de autogestión inmediata de los grupos y nos obligó a nosotras a encargarnos de organizar dichos aspectos, pese a no tener experiencia, porque era necesario crearla para que los grupos de bordadoras pudieran crecer y desarrollarse.

Para vender tuvimos que abrir una comercializadora, porque desde una Asociación Civil no se puede “lucrar”. Desgraciadamente, quienes hacen las leyes y la mayoría de la gente, creen que ganancia es sinónimo de lucro y no pueden imaginarse una ganancia que no se apropie para fines particulares, de lucro, sino para fines sociales.

La comercializadora de Tun Ben Kin A.C. es Maya Chuy y, como tal, es una empresa social, porque las “ganancias” no se las apropia ninguna persona particular, sino que se invierten para sostener el trabajo de la propia comercializadora. Además, tenemos que subrayar que las “ganancias” las entrecomillamos porque aún no alcanzamos nuestro punto de equilibrio y, por lo tanto, en el balance final anual, todavía se opera con pérdidas porque, aunque ya hemos logrado dominar la producción, aún no hemos podido dominar la comercialización.

A partir del momento en que aceptamos el reto de construir con las bordadoras la experiencia que era necesaria para crecer y desarrollarse, se inició una aventura conjunta, en la que juntas hemos ido enfrentando problemas, cometiendo errores y también aprendiendo; ahora nos damos cuenta que hemos formado parte de un proceso que ha involucrado cambios y transformaciones drásticas e importantes. En seguida revisamos los puntos esenciales de nuestro aprendizaje.

Caracterización general de la experiencia del Proyecto Maya Chuy en el marco del bordado extensivo de Yucatán

Al analizar la actividad que hemos realizado durante siete años con las bordadoras mayas de Yucatán, nos damos cuenta que nuestra experiencia ha estado condicionada por el hecho de actuar en una actividad artesanal en transición —pues ha sido de autoconsumo y se está transformando en una actividad comercial— y que dicho cambio involucra modificaciones importantes a nivel técnico, productivo, organizativo, comercial, cultural, genérico, educativo y político. Por lo mismo, dicha actividad no ha sido profesionalizada, ni cuenta con profesionales de la misma, sino que sobre la marcha nosotros nos hemos tenido que transformar en profesionales de la actividad.

Diferencias entre el bordado de autoconsumo y el bordado comercial

El cuadro siguiente refleja algunas de las diferencias entre la producción para el autoconsumo y la producción para venta, que pueden dar una idea de la complejidad de los cambios a que se enfrentan las bordadoras cuando tienen que vender y, sobre todo, si son bordadoras de punto de cruz ya que, como veremos más adelante, el diseño del dibujo involucra una complejidad técnica que no presenta el resto del bordado, ni de mapo ni de máquina.

Aunque en este estudio no hay espacio para aclarar, analizar y discutir cada uno de los aspectos que ennumerados en la tabla anterior, sí es necesario aclarar algunos.

El eje que regula todos los elementos cualquier lógica productiva es, por supuesto, el 'objetivo de la producción', y al comparar las dos columnas es claro que la producción de venta requiere de funciones como la administrativa y la contable, que en el autoconsumo no se requieren, y también que exige una serie de controles que en la otra no existen.

Igualmente es importante tener conciencia de que en la producción de autoconsumo —por sus características, que resultan en un tiempo muy costoso de producción desde la óptica del mercado— difícilmente se recupera el valor del trabajo invertido, lo cual deriva en una sobreexplotación permanente por parte del mercado, sobre todo si las y los productores no se organizan de otra manera. Este aspecto ya lo hemos mencionado, pero insistimos en él porque su comprensión es central para un desarrollo realista y digno del bordado y de las artesanías.

Cuando se plantea que la equidad genérica no es necesaria en el bordado de autoconsumo y sí lo es cuando se realiza un bordado comercial, estamos pensando en términos funcionales y no éticos. La inequidad genérica es cuestionable e injusta, pero en términos de lógica productiva dicha inequidad no pone en tela de juicio la racionalidad productiva de la economía de autoconsumo, mientras que sí resulta insostenible en una producción de carácter comercial debido a que, en este caso, la posibilidad de eficiencia productiva presupone un compromiso y responsabilidad de las mujeres, que sólo es posible en un marco de autonomía e igualdad de género.

En esta misma dirección, se observa que la carga doméstica de las mujeres no afecta negativamente a la producción del bordado de autoconsumo, mientras que sí representa un obstáculo para el desarrollo del bordado comercial. Además, en la economía de autoconsumo la alfabetización no es indispensable, pero en la comercial se transforma en herramienta de primer orden.

Es indispensable comprender que dichas transformaciones están conduciendo a la actividad de las bordadoras a la necesidad de organizarse como "oficio" —a la

DIFERENCIAS ENTRE EL BORDADO DE AUTOCONSUMO Y EL DE VENTA

Objetivo productivo	Autoconsumo	Venta
Productos	Valores de uso	Valores de cambio o mercancías
Diseño	Estable	Dinámico
Diseño	Tradicional	Renovado
Cantidad	Baja	Alta
Medidas	Heterogéneas	Homogéneas
Acabados	No importan	Importan
Producción	Eventual	Regular
Organización	Atomizada	Concentrada
Organización	Individual	Colectiva con división del trabajo
Compras insumos	Individuales	Colectivas
Control productivo	No existe	Existe
Control calidad	No existe	Existe
Mano de obra	No se valora	Se valora
Valor	No se recupera	Se recupera
Almacén	No es necesario	Es necesario
Administración	No es necesaria	Es necesaria
Control contable	No es necesario	Es necesario
Comercialización	Eventual	Regular
Mercados	Restringidos	Amplios
Exigencia de puntualidad	No se satisface	Se satisface
Exigencia de calidad	No se satisface	Se satisface
Exigencia de volumen	No se satisface	Se satisface
Costos	Altos	Competitivos
Equidad genérica	No es necesaria	Es necesaria
Carga doméstica	No limita la actividad	Limita la actividad
Organización política	Centralista y autoritaria	Democrática
Analfabetismo	No limita la actividad	Limita la actividad

manera de artesanías clásicas y añejas como la talabartería, la platería o la cerámica, que desde tiempo atrás se realizan en “talleres”— y que, por lo tanto, la transformación no implica incorporarse en una dinámica productiva de corte capitalista, sino en una racionalidad productiva de corte artesanal, si se realiza desde los intereses de las bordadoras y desde su gestión autónoma. Lo importante es insertarse en la lógica del mercado desde una estructura productiva eficiente, pero colectiva.

Artesanías, oficios, valores de uso y valores de cambio

Considerando lo anterior, nos atrevemos a afirmar que el bordado de autoconsumo en Yucatán sólo puede considerarse artesanal si entendemos como artesanías aquellos procesos productivos que involucran un alto porcentaje de trabajo manual. Pero si con este término nos referimos a aquellas actividades que, además de involucrar un alto contenido de trabajo manual, están organizadas en oficios porque se producen para la venta, entonces definitivamente el bordado no ha sido una artesanía.

Las artesanías que se trajeron de España a Yucatán, llegaron ya desarrolladas como oficios (orfebrería, platería, talabartería). Entre las actividades indígenas, sólo la alfarería parece tener una larga tradición de organización en oficio y, por lo tanto, en talleres.

De las actividades que han formado parte del sistema productivo tradicional de autoconsumo y que en los últimos años se han ido orientando al mercado —debido a la crisis agrícola permanente— sólo la alfarería, el tejido de palma de huano y el bordado realizado en máquinas industriales, se han organizado en talleres familiares en comunidades como Ticul, Halachó y Kimbilá, respectivamente. El tejido de henequén, de bejuco y de hamacas, no se han organizado aún en talleres y mucho menos el bordado de mano.

Uno de los aspectos que caracterizan a las artesanías estructuradas como oficios es el desarrollo de la actividad como una habilidad especializada, que da lugar a la existencia de maestros y aprendices, y a formas específicas de transmisión del oficio, según los requerimientos técnicos de la actividad.

Como el bordado en general, y en particular el de mano, no ha sido un oficio, no se ha desarrollado ni requerido de maestros o profesionales del oficio. Como ha sido una actividad de autoconsumo, a diferencia de otras actividades campesinas como la agricultura o la ganadería, que sí cuentan con profesionales de la actividad (agrónomos y veterinarios), el bordado no ha contado con sus profesionales.

Entonces, si recapitulamos, vemos que son dos los aspectos generales que caracterizan la actividad del proyecto: 1) la actuación en un campo que se encuentra en

transición de la lógica del autoconsumo hacia la lógica de mercado; y 2) la actuación en un campo sin oficio y sin profesionales del mismo.

Tales características —que ahora reconocemos claramente pero que al principio del proyecto no habíamos definido porque sólo la actuación sobre la realidad nos permitió verlas— permiten entender nuestro estrecho enfoque inicial, que creía poder alcanzar los objetivos con sólo trabajar como generadores de diseño y capacitadores del mismo, sin ver que eran más las áreas y niveles en los que tendríamos que incidir. Tras siete años de experiencia entendemos que el diseño y el mercado están indisolublemente articulados y que actuar en uno nos lleva, necesariamente, a actuar en el otro.

Este marco también explica muchos de los problemas que hemos tenido que enfrentar, ya que entramos en un campo no conformado en oficio, sin profesionales de la actividad, en el que nosotras junto con las bordadoras hemos tenido que ir generando la experiencia en todos los niveles mencionados en el cuadro anterior, para posibilitar que la actividad se transforme en un oficio. Esto, por supuesto, ha implicado también un trabajo de capacitación permanente en diferentes niveles.

Este marco permitirá contextualizar los aspectos más relevantes de nuestra experiencia, que a continuación describimos.

Los logros del equipo Maya Chuy

Nuestros logros hasta ahora han sido, básicamente, de tipo técnico, porque en ellos nos hemos tenido que concentrar para encontrar los caminos de sistematización y profesionalización de la actividad. Actualmente estamos entrando en una fase en la que vamos a concentrarnos en la organización de la producción a escala de los grupos, para conllevar la actividad a visibilizarse a través de su transformación en oficio organizado en taller.

Hemos conformado un equipo técnico capaz de diseñar, capacitar y asesorar la producción del bordado y en particular el de punto de cruz. Esta puntada es la más compleja en lo que a realización de dibujos se refiere y, dado su grado de dificultad, difícilmente podían encontrarse en las comunidades formas de elaboración de los dibujos que permitieran sistematizar el proceso técnico de trabajo para potenciar la actividad y producir los volúmenes que el mercado requiere.

Así, hemos logrado sistematizar los procesos técnicos de producción de bordado, en particular el de punto de cruz, lo cual favorece la eficiencia y la productividad de las bordadoras y, por lo mismo, la competitividad necesaria para entrar en los mercados modernos. Esto no es fácil de lograr en una actividad limitada drásti-

camente, en lo técnico, por una aguja de origen prehistórico que prácticamente sigue siendo igual a las que se inventaron en el paleolítico.

Podemos decir que hemos alcanzado la justicia en la recuperación del valor de la mano de obra invertida, a través de mediciones precisas y regulares de los tiempos de producción (número de cruces por hora y centímetros de bordado por hora) y de la productividad por hora de las bordadoras (aumenta conforme adquieren práctica, aunque alcanzan un límite productivo). Junto con los tiempos de producción, hemos definido y estamos revisando permanente los costos de producción, incluyendo cantidades precisas de hilos de diferentes colores por dibujo.

En lo relacionado a la capacitación, hemos estado sistematizando los aspectos experimentados. Esto nos permite ahora dirigir la capacitación de acuerdo con el diagnóstico técnico, organizativo, cultural y de mercado de los grupos a quienes se dirige; nos ha permitido también el establecimiento de áreas y niveles de capacitación en un programa de capacitación amplio que incluya las áreas de diseño, dibujo, bordado, corte y confección, historia del bordado maya, costeo y contabilidad, organización productiva, organización social y organización de género.

El desarrollo de una normatividad de calidad para los dibujos que constituyen la base del bordado, en el bordado mismo y en el corte, armado y acabado de los productos, así como el establecimiento de medidas y tallas estándares para mantelería y ropa, con base en la norma que predomina en nuestro país, es otro de los logros técnicos alcanzados.

Todo lo anterior ha sido orientado por políticas bien definidas en las distintas áreas de nuestro trabajo que se han logrado con base en la experiencia.

Las políticas de diseño están orientadas a favorecer el fortalecimiento del diseño tradicional, pero también su desarrollo y enriquecimiento, siempre en un marco que recupera los motivos de la fauna, flora y cultura regionales, con la mejor calidad posible y aplicándolos a las prendas tradicionales, pero también a productos de consumo moderno, procurando explorar todos los segmentos del mercado (incluyendo todas las áreas geográficas, todos los sectores sociales y todas las edades y géneros).

También hemos definido políticas de capacitación que favorezcan su adaptación a las necesidades de los grupos del área, con buena orientación y que realmente rindan frutos, para lo cual los diagnósticos y evaluaciones técnicas son indispensables. Las políticas de producción favorecen el crecimiento paulatino y permanente de los grupos y su autogestión futura. Las políticas de comercialización se han definido en concordancia con la productividad de las bordadoras y las posibilidades reales de crecimiento del sector, tomando en cuenta sus limitantes y posibilidades técnicas, organizativas, culturales y genéricas.

Hemos elaborado, clasificado y organizado más de 1,000 nuevos dibujos (considerando dibujos con sus variantes que se realizan para adaptarlos a diferentes tipos de prendas y/o técnicas), inspirados en la flora y fauna locales, en la iconografía maya y en la cultura maya tradicional, para punto de cruz, bordado de máquina y de mano.

También hemos elaborado más de 70 prototipos de productos (incluyendo las variantes de los productos) debido a que se busca la diversificación. Sólo diez de estos productos son de línea para nosotros. Varios de ellos se les han enseñado a grupos con los que nosotros no trabajamos regularmente, pero ellos los están elaborando. Para la mayoría de los productos (doce) se han establecido tallas y/o medidas estándares y se han confeccionado los moldes para el corte y en el caso de los *hipiles*, moldes para los dibujos de cada talla.

DIBUJOS Y PROTOTIPOS ELABORADOS (1992-1999)

Dibujos				Prototipos	
Variantes	Punto de Cruz	Variantes	Mano/Maq.	Variantes	Productos
245	148	563	140	20	54
SUBTOTAL		393	703		
TOTAL			1,096	TOTAL	74

Hemos capacitado a 332 bordadoras de mano y de máquina de catorce grupos, en trece capacitaciones para mejorar el bordado y confeccionar nuevos diseños. De esos grupos, once son independientes y siete son grupos con los que tenemos relación. Con cuatro grupos a veces hemos tenido una relación por encargos o porque ellas dejan de tener fondos propios y nos piden trabajar con ellas, con fondos de la Fundación Tun Ben Kin.

En la tabla de la página siguiente se presenta la información concentrada sobre la capacitación

Producimos permanentemente con seis grupos que en total tienen 129 bordadoras con una capacidad productiva de 700 prendas mensuales. Sin embargo, por falta de fondos, los grupos están operando a la mitad de su capacidad productiva.

Vendemos en La Casa de las Artesanías del gobierno del estado, en varios comercios del centro de Mérida, en los espacios de "Mérida en Domingo", en Cozumel, Xcaret y Cancún. También asistimos a vender en ferias locales y nacionales y en eventos especiales.

CAPACITACIÓN (1992-1999)

Fecha	Lugar	Grupo	Mano	Máquina	Mejora	Nuevo diseño	Maya Chuy	Indep.
1992-1993	Abalá	Xmanikté	30		X	X	X	X
1992-1993	Temozón Sur	Maloob chuy	40		X	X	X	
1992-1993	Xocen	Tumben Chuy		15		X		X
1995-1995	Mucuyché	Mucuyché 1	23		X	X	X	
1995-1995	Mucuyché	Mucuyché 2	24		X	X	X	
1995-1995	Xpichil	S.S.S.	32		X	X		X
1996-1997	Yaxcabá		11		X	X		X
1996-1997	Teabo	Xoc Chuy	26	10	X	X		X
1996-1997	Mayapán		8	8	X	X		X
1997-1997	Uayalceh		30		X	X	X	
1997-1997	Tetiz	Cooperativa	4	12	X	X	X	X
1998-1998	Mahas	varios grupos	8	8	X	X		X
1998-1999	S.Martiniano	Xoc Chuy	5	8	X	X		X
1998-1999	S.Ant.Sihó	Chan Dzunuun	10	10	X	X	X	X
1999-	Ochil		10		X	X		X
8	14	15	261	71	14	13	7	11
Años	Lugares		Total	332	Lugares		Grupos	

Hemos producido encargos especiales para varios eventos científicos, para una película de Carlos Carrera y uniformes para la hacienda Temozón. Actualmente hemos recibido un fondo para abrir una tienda en el centro de Mérida en octubre de 2000.

Contamos con una exposición permanente en el Museo de Arte Contemporáneo y tenemos una exposición que fue inaugurada en el Museo Nacional de Dinamarca, que ha visitado siete museos regionales de ese país y que actualmente va a viajar a Groenlandia. En 1998 expusimos en el Centro Cultural Dante, en Mérida. Además, hemos hecho entrevistas para el periódico y la radio local en varias ocasiones, difundiendo el proyecto.

Hemos ganado en dos concursos estatales, dos segundos lugares en nuevo diseño, y en el Nacional que organiza FONART hemos ganamos un tercer lugar. En la

empresa Avon Cosmetics la autora ganó el primer lugar en el área empresarial con el proyecto de bordado.

Todo esto lo hemos realizado con fondos recibidos de nueve donantes y con contrataciones realizadas por tres contratantes.

Los logros de las bordadoras

En esta etapa, el trabajo con las bordadoras, al igual que el que se ha dado al interior de Tun Ben Kin, se ha caracterizado por haber alcanzado logros de tipo técnico. Estamos entrando en una etapa en donde la capacitación en la organización para la producción va a ser el eje de nuestro trabajo.

El principal logro ha sido mejorar la calidad de su bordado, lo cual repercute de varias maneras. Por una parte les está abriendo las puertas a la comercialización, ya que incluso tratándose de bordados tradicionales —que es de lo que se encuentra saturado el mercado— la calidad les confiere una ventaja frente a quienes bordan con una calidad estándar o mala. Esto además, está fortaleciendo su autoestima, que en el caso de una etnia no es poca cosa, porque centenariamente ha pesado sobre ellas el estigma de que las indias, por definición, son ignorantes y de “cabeza dura” y que están negadas, por naturaleza, a hacer bien las cosas. El lograr hacer bien su labor artesanal les brinda seguridad y confianza en sí mismas, y les demuestra que son tan capaces como cualquier ser humano.

La mejoría del ingreso por el bordado es importante no solamente porque les permite cubrir más necesidades, sino porque comienza a transformar la visión del bordado como algo que se hace en ratos de ocio y que no tiene valor, por una visión donde el bordado es un trabajo con valor y que, por lo tanto, puede ser una fuente de ingresos digna y respetable socialmente.

Tener trabajo en la comunidad, evitando todas las inconveniencias de salir a trabajar a Mérida, como son el gasto en pasajes, el alejamiento de sus hogares y comunidades (que favorece que los hijos comiencen a crecer solos y que está propiciando el alcoholismo, la drogadicción y la organización de los adolescentes en bandas), es otro beneficio para las bordadoras.

Otro logro es el aprendizaje de nuevos productos, que además de ampliar su perspectiva productiva y comercial, les está permitiendo descubrir que el bordado es aplicable no sólo a las prendas tradicionales, sino a las prendas modernas. Esto ha conducido a una recuperación del bordado que, de otro modo, cuando se asocia indisolublemente a las prendas tradicionales, se pierde fatalmente al desaparecer ellas.

La camiseta, por ejemplo, es una prenda ampliamente distribuida entre la población rural maya yucateca femenina de hoy. Cuando comenzamos a trabajar con ellas nadie bordaba sus camisetas. Ahora las bordan con diseños de los que nosotros hemos recreado, pero también con diseños de flores de los que ellas han usado tradicionalmente. Al aplicar sus bordados a las ropas modernas que ahora portan, son las nuevas *mestizas*, porque están recuperando las flores de los *hipiles* en su ropa actual.

La recuperación del bordado, que por sí misma implica una recuperación cultural, también está cogdyuando a formas de recuperación culturales más profundas, al despertar en las bordadoras el interés por su pasado, ya que muchos de los dibujos que se pintan provienen de códices, estelas, vasijas y monumentos antiguos. Nos han pedido poder visitar lugares como Chichén o Uxmal, para apreciar en vivo algunos de los dibujos que están bordando.

En el terreno del género, la percepción de ingresos propios y regulares provenientes del bordado está creando la conciencia del mismo como actividad que tiene un valor. Como las mujeres son las que lo realizan, la valoración del bordado les permite iniciar una construcción mental de sí mismas como entes capaces de producir valores y por lo tanto valiosas ellas mismas. Este proceso es incipiente y sólo tendrá repercusiones si el proceso crece y se desarrolla, y la actividad se visibiliza y colectiviza. Por eso también es importante la organización del trabajo en talleres, como veremos con mayor amplitud, más adelante.

Existen contradicciones entre las bordadoras que ejercen liderazgo y se responsabilizan de organizar el trabajo y las que no participan —que son la mayoría— ya sea porque no tienen tiempo o porque no les dan permisos los esposos. Esto genera descontento porque no hay “parejura”, como ellas dicen, y las que sí participan perciben la inasistencia a reuniones, ventas, exposiciones y talleres como falta de compromiso. La mayoría de las mujeres dicen que quieren sólo el bordado para trabajar, pero que no les interesa ir a las reuniones.

Límites y obstáculos del proyecto

Los principales obstáculos se han derivado, como ya lo mencioné, del hecho de estar actuando en una artesanía doméstica, no organizada como oficio de taller y sin profesionales de la actividad. Esto significa que, desde la organización del bordado doméstico y atomizado, existen límites estructurales para la organización de un bordado de oficio y comercial, y que dichos límites han constituido los principales obstáculos para el avance del proyecto. Posteriormente nos referiremos a los obstáculos que se han derivado del equipo de trabajo y, finalmente, a los que se originan en el entorno social.

Límites estructurales de la producción doméstica

Los límites técnicos son los que se manifiestan de manera más evidente e inmediata. Ya mencionamos que, en el bordado campesino de autoconsumo, el concepto de perfección que maneja la cultura occidental y las clases altas de las sociedades, no tiene sentido. Por eso no existe la información sobre distintos tipos de agujas para diferentes fines (costura y bordado), tipos de bordados y tipos de telas, y se usa cualquier aguja para bordar. Tampoco se usan telas finas para la elaboración de los bordados y a las señoras no les importa si los dobladillos y costuras no quedan perfectos, ni si al coser se pasa el hilo sobre el bordado o si se usa hilo de un color diferente al inicial para terminar un bordado cuando el otro se acabó. Esto dificulta la capacitación orientada a mejorar calidad en bordados y acabados, porque las señoras no le encuentran el sentido. Sólo el enfrentamiento con el mercado y el rechazo en el mismo de sus piezas les permite ir tomando conciencia del sentido de la perfección. Aunque no compartan el punto de vista, sí comprenden que para vender hay que hacer las cosas "bien", donde "bien" significa satisfacer el gusto del consumidor.

En este contexto, ejercer el control de calidad ha tenido sus tropiezos y hemos tenido que presionar a la reglamentación de descuentos al interior de los grupos productivos, para que las bordadoras aprendan a trabajar con la calidad que requieren los nuevos mercados. El control de calidad se dificulta también por las condiciones en que viven las bordadoras, ya que mantener limpia una prenda en proceso de bordado no es fácil cuando se vive en una casa con piso de tierra y rodeada de niños pequeños que amenazan la costura todo el tiempo con sus manitas sucias de tierra o de alguna fruta como la guaya, cuya mancha no se quita.

Los nuevos dibujos les gustan porque se derivan de la fauna y flora locales y porque se relacionan con los antiguos mayas, pero sí se les dificulta la distribución del bordado en las prendas modernas como blusas, vestidos y accesorios, sobre todo cuando las bordadoras son mujeres que siempre han usado las prendas tradicionales.

También les cuesta trabajo modificar un color que venga impreso en un dibujo, porque están acostumbradas a apearse fielmente a la imagen que se copia. Como su bordado tradicional ha sido realista, se les dificulta manejar colores imaginarios.

La significación cultural es importante pues sido difícil que acepten bordar imágenes como la víbora o diablo.

El gusto por ciertos colores y combinaciones, derivado de su tradición estética, choca frecuentemente con los colores que nosotros introducimos para dar gusto a los nuevos mercados, aunque entienden que distintas culturas tienen distintos gustos.

En la producción, el problema más fuerte con el que nos hemos enfrentado es el de la doble fragmentación del tiempo de bordado derivada de su división en diferentes casas de bordadoras cada una de las cuales tiene múltiples actividades domésticas. El resultado más evidente —ya lo hemos mencionado— es una auténtica pulverización del tiempo dedicado al bordado, que lo hace ineficiente, poco rendidor y muy costoso. Otro efecto de esta fragmentación es que invisibiliza al bordado como actividad productiva ante las mujeres, la familia y la comunidad. Es uno de los motivos por los que se lo concibe como actividad ociosa y sin valor. Organizar la producción para el mercado, desde esta organización tan dispersa y atomizada del tiempo del bordado, ha implicado una gran energía para el equipo de Tun Ben Kin, y ha dificultado la competitividad en los precios, que se refleja en bajos salarios.

La dispersión doméstica de las bordadoras también provoca una dispersión de los recursos productivos, porque hilos, telas y demás insumos se distribuyen en tantos hogares como bordadoras tengan los grupos. Organizar grupos con esta dispersión de recursos ha provocado mucho desperdicio de dinero y energía, tanto de los grupos como nuestro.

La dispersión tampoco favorece la autogestión ni la democracia, porque las bordadoras se encuentran separadas durante la producción. La dispersión doméstica favorece el centralismo de aquellas que cuentan con puntos a su favor para poder organizar la producción y la venta. Quienes saben leer, escribir, hacer cuentas, hablar español y tienen poder en sus hogares para salir y desplazarse (viudas, solteras, mujeres solas), son quienes pueden dirigir la producción y la organización.

Los grupos autogestivos lo son con limitaciones, porque en realidad quienes deciden y dirigen dichos grupos son las líderes que organizan la producción y la comercialización, y no el grupo. En este sentido, tampoco hay democracia moderna porque las mujeres dependen de las acciones que realizan las líderes, y aunque los grupos aprueben sus propuestas lo hacen bajo presión.

Esta autogestión y democracia tradicionales no ha favorecido la independencia productiva y comercial de los grupos con los que trabajamos. Para incorporar los nuevos procesos de trabajo hemos tenido nosotros mismos que asumir el liderazgo en lo productivo y en lo comercial. El reto ahora es socializar hacia los grupos lo que nosotros hemos aprendido al ejercer dicho liderazgo. Pero para que realmente sea una apropiación colectiva, tiene que ser organizada en un espacio común que es el taller.

En las sociedades tradicionales se reconoce la autoridad de las mujeres mayores. Nosotros hemos querido impulsar una autoridad derivada de la habilidad para la organización y de la habilidad para el trabajo, que puede o no coincidir con la edad

de las mujeres, y nos ha costado mucho esfuerzo el reconocimiento a este criterio, pues es común que quienes reúnen las mejores cualidades no sean precisamente las de más edad.

Las dificultades para la comercialización no sólo se derivan de la dispersión en que producen las bordadoras, del analfabetismo, de la imposibilidad de desplazarse por los compromisos domésticos y de los frenos masculinos a dicho desplazamiento, sino también de las formas modernas de comercialización.

En este sentido, también las comerciantes tradicionales de las comunidades se encuentran en problemas. Las formas modernas de comerciar se realizan a través de pedidos utilizando teléfono, fax, correo electrónico, internet, páginas web, servicios de mensajería y paquetería, cuentas y depósitos bancarios, todos ellos elementos todavía ajenos al mundo en el que se mueven las comunidades tradicionales y cuya ausencia dificulta enormemente su actividad comercial.

Aunado a esto, la competencia actual es tal que la actividad comercial exige una dedicación de tiempo completo, que es la que permite la conquista de los mercados y el mantenimiento de lo conquistado. Todos estos factores, que son difíciles de dominar para cualquier grupo comercial de nuestra sociedad urbana, se vuelven más complejos de dominar para las campesinas tradicionales.

El sistema de género que opera en las sociedades campesinas tradicionales de nuestro país ha depositado en los varones las decisiones de la empresa familiar. Esto, que en el marco económico tradicional ha resultado funcional, se vuelve inoperante cuando la reproducción del sistema productivo tradicional se ve restringida por la falta de recursos naturales suficientes y empuja tanto a hombres como a mujeres a la búsqueda de ingresos monetarios. Tal es el caso de las bordadoras. El sistema genérico de dominio masculino resulta un freno para el buen funcionamiento de los grupos productivos de mujeres al hacerlos depender de los permisos de los esposos y resulta indispensable crear condiciones que permitan transformar la relación masculina dominante, favoreciendo la equidad en el hogar, en la producción y en la ideología de género.

Los límites que impone a los grupos de bordadoras el dominio masculino se traducen también como falta de compromiso grupal de las mujeres, que no asisten a los compromisos de grupo porque sus esposos no les dan permiso. Es lógico que el compromiso productivo más fuerte se dé en y con el hogar, cuando la empresa campesina ofrece la garantía de la reproducción a la familia. Pero cuando los ingresos que aportan los miembros de la familia provienen de su participación en otras empresas, el compromiso productivo que se adquiere con esas otras empresas deben asumirlo con claridad no sólo las productoras, sino también sus esposos y sus hijos

e hijas. Si sus ingresos provienen del bordado es importante que aprendan a comprometerse con sus grupos de trabajo. Eso se llama profesionalismo y es algo que estamos tratando de construir entre las bordadoras, pues en el bordado de autoconsumo, disperso, no existe.

Los límites y obstáculos de Tun Ben Kin

Los límites del equipo de trabajo de Tun Ben Kin A.C. y de Maya Chuy se han derivado, en gran medida, de los aspectos que caracterizan la actividad del bordado en Yucatán, es decir: tratarse de una actividad en transición de la producción de autoconsumo a la de mercado, y de la ausencia de oficio y profesionalismo.

Al inicio de nuestro trabajo, la falta de claridad respecto de lo anterior, la inexperiencia y la ignorancia profunda respecto a la mecánica del campo en el que nos estábamos moviendo, favoreció una serie de creencias que se estrellaron contra la realidad.

La idea de que las bordadoras conformaban grupos autogestivos de acuerdo con nuestro concepto de autogestión, nos llevó a creer que bastaría con generar diseño y capacitar para cumplir con nuestros objetivos. Sin embargo, aunque muy pronto nos dimos cuenta que realmente no eran autogestivas, pasó bastante tiempo antes de que pudiéramos definir que la ausencia de oficio organizado en talleres, era lo que dificultaba su autogestión.

Desde la posición dispersa en la que ellas se encuentran no es posible la autogestión y, por lo mismo, no la entienden. Por eso, la parte organizativa de la producción y de la venta recayó inmediatamente sobre nuestras espaldas, constituyendo un peso enorme por la responsabilidad que implicaba.

El problema se complicó porque de pronto nosotros teníamos un compromiso productivo y comercial con ellas, sin tener la experiencia en ninguno de los dos campos y sin tener a quién acudir para informarnos, porque la experiencia de producir nuevo diseño en bordado de mano, con calidad y aplicado a nuevas piezas, desde una empresa social, no existía, al menos en Yucatán, y tuvimos que inventarla.

Aunque existen diseñadores industriales y diseñadores textiles, no existen diseños para bordado y en particular para punto de cruz, porque el dibujo, como ya lo dijimos, se forma de cruces y no se ha desarrollado tanto. Nosotros conseguimos un programa específico que nos ha permitido potenciar el dibujo y lo que es más importante, generar diseño regional.

Por otra parte, la aplicación del bordado a productos implica la presencia de un diseñador o de una diseñadora de ropa y no fue sino hasta hace un año que egresó la primera generación de diseñadores de ropa en Yucatán. Finalmente, la sola pre-

Los límites del entorno

Entre los límites que nos impone el entorno encontramos aspectos relacionados con los donantes, con la ideología relativa a las artesanías, los prejuicios hacia la comercialización y con los proveedores.

Con los donantes hay problemas diversos. Por un lado, las ideas en boga (desarrollo sustentable, agricultura orgánica, género, salud reproductiva), definidas globalmente y en abstracto, determinan las orientaciones que le exigen a los proyectos. Para conseguir los financiamientos hay que adaptar los proyectos para que sean aceptados y esto a veces implica desviarse de las tareas centrales. Por otro lado, muchas veces pretenden implantarse tales paradigmas sin un conocimiento profundo de la realidad de la población a quien se dirigen.

En nuestro caso, por ejemplo, ya hemos comentado en varias partes de esta exposición las fuertes limitantes estructurales que se presentan en los grupos de bordadoras para el ejercicio de la autogestión y de la democracia, al menos como las concebimos en nuestra sociedad. Sin embargo, los donantes presionan fuertemente para que los grupos sean autogestivos y democráticos de la noche a la mañana, sin comprender que para que se den esos fenómenos, tienen que darse transformaciones previas que son complejas y lentas. Asimismo existen fuertes presiones para impulsar el empoderamiento femenino y la equidad genérica. Sin embargo, la desigualdad de género está tan fuertemente imbricada con múltiples procesos económicos, sociales, culturales e ideológicos, que removerla implica cambios en todos los niveles de la existencia y eso no es tan fácil ni tan rápido como quisieran algunos donantes. Ni siquiera en los medios académicos, a pesar de la independencia económica de las mujeres, de la educación y de la conciencia, se ha alcanzado la equidad deseada y/o el empoderamiento de las mujeres.

La ideología con relación a la artesanía étnica a veces es ambigua. Por una parte muchas personas están inconformes con el precio que los artesanos reciben por sus artículos considerando que están siendo sobreexplotados, sin embargo cuando se cobra más se quejan y dicen que los artículos son muy caros. Esta reacción de alguna manera está asociada a la idea —predominante en nuestra sociedad— de que lo indígena, por definición, no vale o vale poco; además a muchas personas les gusta sentirse generosas cuando ellas deciden pagar más por un artículo pero se sienten despojadas si se les cobra más caro. Esta ambigüedad no favorece el establecimiento de precios justos para las artesanías étnicas.

También la ideología de los sectores críticos hacia la comercialización ha representado un problema para nosotros. Al asumir la responsabilidad por la comercialización

sencia de un diseñador no es suficiente, porque a las mujeres mayas se les hace difícil dominar el corte y la confección de prendas occidentales que no forman parte de su cultura y el aprendizaje de esta área es difícil. A veces teníamos la sensación de ir abriendo brecha en una selva sin camino, para poder avanzar con la misma lentitud que se avanza en la selva.

A esto hay que añadir que, como asociación civil pequeña, siempre hemos tenido escasez de recursos y personal, ante las necesidades crecientes del trabajo, lo cual nos ha obligado a realizar múltiples tareas a cada uno de nosotros, particularmente los primeros cinco años. Actualmente somos un equipo de ocho personas y aún así seguimos teniendo exceso de trabajo.

Tardamos seis años en tener completamente sistematizados los procesos productivos, que son de una complejidad considerable por los múltiples detalles que implica el manejo de múltiples productos, con dibujos diferentes, con colores distintos, algunos de ellos en tallas variadas. Antes de tal sistematización se desperdiciaba tiempo, recursos y dinero.

La sistematización de la capacitación técnica la dominamos en cinco años, pero recién ahora comenzamos a sistematizar la capacitación en procesos de producción, costeo y organización para la producción. La ausencia de una sistematización completa en la capacitación, también nos ha hecho perder tiempo, dinero y recursos y, sobre todo, nos ha obstaculizado la organización de un programa de capacitación bien estructurado.

La organización administrativa y contable, tanto de la asociación civil como de la comercializadora, pudimos dominarla hasta 1999. Esto es importante porque ahora también estamos en posibilidades de socializar hacia los grupos esta experiencia.

Actualmente estamos entrando de lleno a la comercialización porque aún no hemos dominado ese campo y, por supuesto, eso nos ha acarreado problemas permanentes que, aunados a todo lo anterior, nos han impedido alcanzar nuestro punto de equilibrio y hace que todavía arrastremos una pérdida mensual de \$10,000.00. Sin embargo, en la actualidad estamos tomando una serie de medidas que esperamos nos permitan operar sin pérdidas en un plazo entre seis meses y un año.

Una limitante muy fuerte es que la dedicación que hemos tenido que otorgar a los aspectos técnicos (diseño, producción, administración, costeo, contabilidad), para dominar la actividad, nos ha impedido trabajar en aspectos relacionados con el grupo, la cultura, el género o la comunidad, que son importantes pero que son imposibles de desarrollar simultáneamente, por falta de tiempo de las bordadoras y de nosotros. En la medida que ellas dominen el oficio, será posible impulsar un crecimiento a otros niveles de manera más focalizada.

de los grupos —mientras se crean las condiciones para que ellos puedan responsabilizarse de la misma— también tuvimos que asumir el costo que ha implicado dicha responsabilidad, ante la mirada de las ONG, donantes y críticos sociales.

Aunque se habla de comercio justo, lo primero que se piensa de algún grupo o institución que comercializa es que es un “coyote”, un explotador, un intermediario encubierto y con esos ojos nos miran cuando decimos que comercializamos. No pueden imaginarse que, por una parte, para los grupos de mujeres campesinas resulta difícil producir y vender al mismo tiempo, sin agregar las limitantes que imponen la lejanía en la que frecuentemente viven, sus múltiples tareas domésticas y el analfabetismo. Por otro lado, también es difícil creer que la comercialización se realice desde una empresa social y que, por lo tanto, no exista apropiación privada de la ganancia. Tampoco se pueden imaginar que pueda existir una ética comercial y que una comercializadora establezca tratos justos en donde todos ganen: los productores, el comercializador y el consumidor.

En cuanto a la eficiencia, resulta muy complicado satisfacer las expectativas de quienes pretenden que haya rentabilidad entre grupos de productores y productoras tradicionales de autoconsumo que recién inician actividades con una orientación comercial y que, además, conserven su organización productiva tradicional. Estos sectores acusan de “productivistas” a quienes estamos comprometidos en contribuir a la transformación de ciertos sectores de la economía familiar campesina para lograr eficiencia en la producción de artículos que están entrando al mercado para que los y las productoras no sean sobreexplotados.

Finalmente, un problema importante es el que se presenta permanentemente con nuestros proveedores. Producir con calidad en un país donde los empresarios no están acostumbrados a hacerlo es muy difícil. Frecuentemente nosotros tenemos que ejercer el control de calidad sobre los insumos del proceso de producción y es común tener problemas en los tiempos de entrega de mercancías.

Los límites y las ventajas de la aguja de bordar

Antes de revisar cuales son los retos que enfrentamos actualmente, quisiera plantear los límites y ventajas que presenta el bordado de mano, considerando que su base técnica es una aguja de coser tan antigua como el hombre mismo.

Rebasar el límite de la aguja es imposible, a riesgo de traicionar la naturaleza misma del bordado de mano, lo cual plantea serios problemas porque la pregunta es ¿cómo favorecer la entrada digna y eficiente al nuevo milenio del bordado de mano, basado, como está, en una aguja prehistórica?

Nuestra respuesta, después de la experiencia de sistematización de los procesos de trabajo, es que la manera de hacer competitivo el bordado de mano se logra superando los límites técnicos con organización.

La organización colectiva del trabajo en espacios igualmente colectivos, es la única forma de concentrar los recursos humanos y materiales ahora dispersos, de concentrar el tiempo de trabajo, ahora fragmentado, y de lograr que el bordado de mano, a pesar de la limitante técnica que tiene, pueda ser competitivo y capaz de ofrecer ingresos dignos a quienes lo confeccionan.

Las ventajas de una actividad con una limitante tan drástica en lo técnico es que su crecimiento implica, necesariamente, el crecimiento del sector que la practica, pues aunque se logre potenciar la productividad actual de las bordadoras a través de la organización, es evidente que ésta tiene un límite y la única forma de crecer es que cada vez haya más bordadoras.

En un mundo en el que uno de los problemas más fuertes es el desempleo que generan las empresas cuyo crecimiento se basa en tecnificación de los procesos productivos, nadie puede negar que una actividad que crece sobre la base de generar empleos, posee una virtud social. La otra ventaja es que, lógicamente, a ningún empresario interesado en el enriquecimiento personal le va a interesar invertir en una empresa que tiene que crecer mediante la generación de muchos empleos, por ello el futuro del bordado de mano está en manos —y valga la redundancia— de empresas sociales.

Los retos actuales del proyecto Maya Chuy: el Renacimiento del bordado en Yucatán

Consideramos que sobre la base de la experiencia realizada, el reto que se nos presenta ahora es la necesidad de institucionalizar, de diferentes formas, los distintos procesos que hemos iniciado.

En el nivel productivo vemos indispensable la organización de la actividad artesanal de las bordadoras en oficio, a través de la creación de talleres que favorezcan la concentración de los recursos, el trabajo colectivo y la profesionalización y división interna del trabajo, así como su manejo administrativo y contable por las propias bordadoras.

Los talleres estarán regidos con base en una reglamentación que se derive de las necesidades de los propios grupos, tratando de armonizar el ámbito doméstico y el laboral para que no choquen. En lo inmediato el taller sería un espacio para concentrar insumos y productos terminados, organizar la producción, realizar actividades

de capacitación y reuniones de trabajo y, cuando sea posible, lugar de exposición y venta. Sólo las bordadoras que lo deseen irán a realizar el bordado en el taller.

Para darle fuerza a este proceso es necesario impulsar la conciencia de género y la equidad por lo que es necesario, paralelamente a la capacitación en todos los aspectos productivos, realizar una labor de promoción social importante.

Tun Ben Kin ya está capacitado para impulsar este proceso de manera inmediata porque ya tenemos sistematizados los procesos de trabajo del bordado, así como los aspectos administrativos y de costeo vinculados al oficio, de manera que podemos socializarlos hacia las bordadoras. De hecho estamos impulsando ya dos talleres (1999), uno con financiamiento de UNIFEM y otro con financiamiento del Fondo Cultural Banamex y con la empresa MayaPlan, y a mediano plazo se trabajará con otros dos, uno en Abalá y otro en San Antonio Sihó, Halachó.

La capacitación debe apoyar dichos procesos en un nivel técnico medio a través de Centros de Capacitación de bordado en los que se otorguen los elementos básicos para elevar la calidad del bordado, los conocimientos básicos de la historia del bordado yucateco y elementos, tanto técnicos como organizativos, que permitan la constitución y reglamentación de los grupos, la organización técnica y social del trabajo, el costeo de productos, la contabilidad, el manejo de su almacén de insumos y productos terminados, la administración de sus recursos y la comercialización. En esa dirección, idealmente, las acciones dirigidas a la capacitación deben culminar con la creación de una Escuela de Bordado, en la que se profesionalice la actividad a un grado muy desarrollado, incluyendo la enseñanza de nuevas y diversas puntadas, la historia del bordado mundial, nacional y regional, el papel que ha jugado en distintas sociedades, y su problemática actual.

La experiencia de Tun Ben Kin permite ya programar la enseñanza y niveles de enseñanza para dichos Centros de Capacitación. Éstos deberán tener la capacidad de satisfacer las necesidades específicas de grupos concretos, pero también deben tener un Programa propio que cumpla metas a escala estatal para favorecer el desarrollo de las bordadoras en general, según su nivel y necesidades.

La Escuela deberá estar vinculada a un Centro de Investigación del Bordado en donde se analice la problemática histórica, social, económica, cultural, simbólica y genérica del bordado y de las bordadoras, de manera sincrónica y diacrónica, con el fin de revisar permanentemente las políticas a seguir para impulsar la actividad. También debe impulsarse un Museo del Bordado Maya Yucateco que, además de difundir el resultado de las investigaciones, permita la formación de colecciones de bordado antiguo y actual, así como una fototeca que registre técnicas, piezas, procesos de trabajo y actividades culturales asociadas al bordado.

Queremos que la experiencia de diseño se transforme en un Laboratorio de Diseño de Bordado de Mano, de forma independiente o vinculado a algún Laboratorio de Diseño Artesanal que fuese posible impulsar en la región. De cualquier manera, lo importante es que hemos visto que el diseño de bordado de mano es un área del diseño lo suficientemente específica como para constituir un campo de trabajo especializado del diseño artesanal. El diseño debe orientarse a la producción de múltiples prototipos dirigidos a distintos segmentos del mercado, con el fin de ofrecer alternativas productivas a distintos grupos con distinto potencial comercial por sus técnicas, ubicación, experiencia comercial, trayectoria productiva, etcétera.

Es muy importante ampliar el concepto de lo artesanal y comprender que la artesanía no es sólo étnica, que también puede ser moderna y que lo importante es que tenga identidad. Modernizar la artesanía sin perder la identidad es necesario para acceder a todos los segmentos del mercado. Este es un objetivo de largo plazo que debe lograrse a través de la interacción de instancias gubernamentales, privadas y ONG.

La comercialización es un problema amplio y complejo que, para desarrollarse, requiere de concentración de esfuerzos. En la fase actual, estamos concentrándonos en la venta para conocer bien el mercado y descubrir los segmentos hacia donde hay que dirigir los distintos productos que se han generado. En este aspecto todavía tenemos mucho que aprender porque aunque hemos estado vendiendo, no lo hemos hecho con el rigor que hemos realizado las otras actividades.

Mostramos en la siguiente página nuestro organigrama actual y el organigrama de mediano plazo para que se vea en qué dirección queremos caminar.

Comparando los dos Organigramas vemos que, en el primero el peso se carga definitivamente hacia Maya Chuy A.C., explicando ello porque no logramos el punto de equilibrio en la comercializadora, ya que la mayoría del personal trabaja allí, haciendo aumentar mucho el gasto operativo, porque la organización de la producción de los grupos, la hemos realizado nosotros.

En el segundo Organigrama el peso se carga hacia Tun Ben Kin A.C., porque la organización de la producción pasa a esta organización como capacitación hacia los grupos y los grupos se responsabilizan de ella. El diseño aparece organizado como Laboratorio y aparece el área de Investigación y Elaboración de proyectos, que no existía en el antiguo Organigrama, aunque sí la función, ya que quien esto escribe se ha dedicado tanto a la investigación de los aspectos relacionados con el bordado, como a la elaboración de proyectos para obtener financiamiento.

Dos objetivos centrales se expresan en el segundo Organigrama: uno es depositar la responsabilidad de la organización de la producción en los grupos, lo cual implica fomentar la formación de talleres para que pueda darse de la manera colec-

de capacitación y reuniones de trabajo y, cuando sea posible, lugar de exposición y venta. Sólo las bordadoras que lo deseen irán a realizar el bordado en el taller.

Para darle fuerza a este proceso es necesario impulsar la conciencia de género y la equidad por lo que es necesario, paralelamente a la capacitación en todos los aspectos productivos, realizar una labor de promoción social importante.

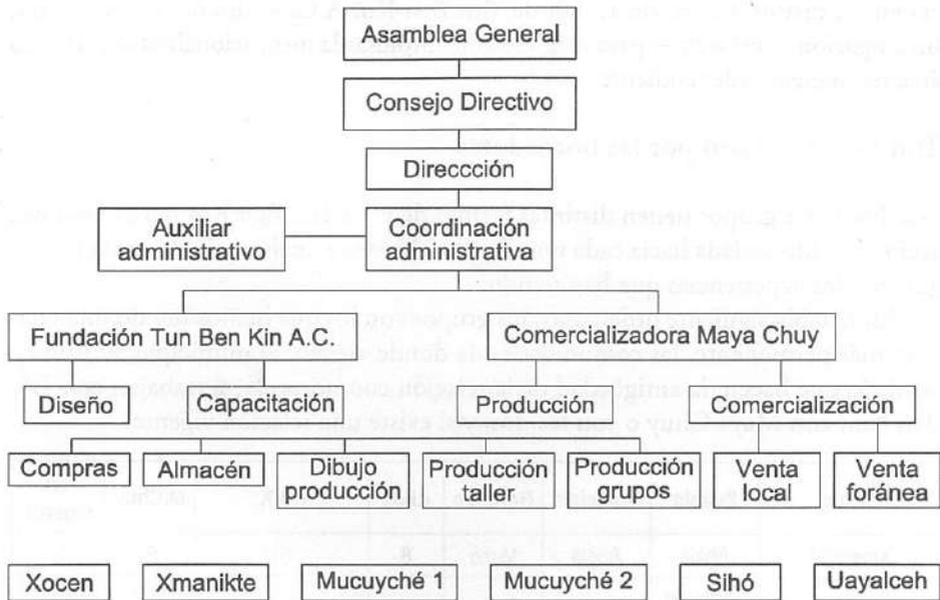
Tun Ben Kin ya está capacitado para impulsar este proceso de manera inmediata porque ya tenemos sistematizados los procesos de trabajo del bordado, así como los aspectos administrativos y de costeo vinculados al oficio, de manera que podemos socializarlos hacia las bordadoras. De hecho estamos impulsando ya dos talleres (1999), uno con financiamiento de UNIFEM y otro con financiamiento del Fondo Cultural Banamex y con la empresa MayaPlan, y a mediano plazo se trabajará con otros dos, uno en Abalá y otro en San Antonio Sihó, Halachó.

La capacitación debe apoyar dichos procesos en un nivel técnico medio a través de Centros de Capacitación de bordado en los que se otorguen los elementos básicos para elevar la calidad del bordado, los conocimientos básicos de la historia del bordado yucateco y elementos, tanto técnicos como organizativos, que permitan la constitución y reglamentación de los grupos, la organización técnica y social del trabajo, el costeo de productos, la contabilidad, el manejo de su almacén de insumos y productos terminados, la administración de sus recursos y la comercialización. En esa dirección, idealmente, las acciones dirigidas a la capacitación deben culminar con la creación de una Escuela de Bordado, en la que se profesionalice la actividad a un grado muy desarrollado, incluyendo la enseñanza de nuevas y diversas puntadas, la historia del bordado mundial, nacional y regional, el papel que ha jugado en distintas sociedades, y su problemática actual.

La experiencia de Tun Ben Kin permite ya programar la enseñanza y niveles de enseñanza para dichos Centros de Capacitación. Éstos deberán tener la capacidad de satisfacer las necesidades específicas de grupos concretos, pero también deben tener un Programa propio que cumpla metas a escala estatal para favorecer el desarrollo de las bordadoras en general, según su nivel y necesidades.

La Escuela deberá estar vinculada a un Centro de Investigación del Bordado en donde se analice la problemática histórica, social, económica, cultural, simbólica y genérica del bordado y de las bordadoras, de manera sincrónica y diacrónica, con el fin de revisar permanentemente las políticas a seguir para impulsar la actividad. También debe impulsarse un Museo del Bordado Maya Yucateco que, además de difundir el resultado de las investigaciones, permita la formación de colecciones de bordado antiguo y actual, así como una fototeca que registre técnicas, piezas, procesos de trabajo y actividades culturales asociadas al bordado.

ORGANIGRAMA ACTUAL



ORGANIGRAMA FUTURO



tiva y concentrada en que se organizan los 'oficios'. El otro es consolidar la experiencia en las distintas áreas de acción de Tun Ben Kin A.C. —diseño, capacitación, investigación y difusión— para más adelante impulsar la institucionalización de cada área de manera independiente.

Tun Ben Kin visto por las bordadoras

Los diferentes grupos tienen distintas formas de ver a Tun Ben Kin porque nuestra acción ha sido variada hacia cada uno de ellos. Vamos a analizar el desarrollo distinguiendo las experiencias que han tenido.

En la tabla siguiente ordenamos los grupos con los que hemos tenido una relación más permanente, las comunidades de donde vienen, el municipio, el tipo de bordado que hacen, la antigüedad de la relación con nosotros, si trabajan con Tun Ben Kin, con Maya Chuy o con los dos, y si existe una relación vigente.

Grupo	Pueblo	Municipio	Bordado	Años	T.B.K.	M.Chuy	Rel. vigente
Xmanikté	Abalá	Abalá	Mano	8	Sí	Sí	Sí
MaaloobChuy Kab	Temozón Sur	Abalá	Mano	8	Sí	Sí	No
Tumben Chuy	Socen	Valladolid	Máquina	8	Sólo capacitación bordado	Sí	Sí
Mucuyché 1	Mucuyché	Abalá	Mano	5	Sólo capacitación bordado	Sí	Sí
Mucuyché 2	Mucuyché	Abalá	Mano	5	Sólo Capacitación bordado	Sí	Sí
Tetiz	Tetiz	Tetiz	Máquina	4	Sólo capacitación bordado	Sí	No
Uayalceh	Abalá	Abalá	Mano	3	Sólo capacitación bordado	Sí	Sí
Chan Dzunuun	San Antonio Sihó	Halachó	Mano y Máquina	2	Sí	Sí	Sí

Cinco de los ocho grupos, son del municipio de Abalá y sólo tres de los ocho grupos, manejan el bordado de máquina. Trabajar preferentemente con grupos de

mano ha sido parte de la política de nuestra organización, debido a que presenta más problemas para ser competitivo y, por lo tanto, requiere de mayor apoyo técnico y organizativo, pero también porque es el bordado que tiene más demanda.

Expandirnos preferentemente en el municipio de Abalá, también ha sido parte de nuestra política. Al principio trabajar allí fue asunto circunstancial ya que fuimos invitados por miembros de un partido político. Pero una vez iniciado el trabajo en dos comunidades, decidimos concentrar nuestros esfuerzos en el área para no dispersar dinero ni esfuerzo. La consecuencia es que ahora el municipio de Abalá constituye una microregión de bordado de mano con alrededor de 160 bordadoras capacitadas para realizar un bordado de calidad. Actualmente seguimos capacitando en el área a un grupo que formará parte del taller de bordado del paradero turístico Ochil, impulsado por MayaPlan y Fomento Cultural Banamex.

Sólo con Temozón Sur y Abalá hemos tenido una relación que va más allá de la capacitación en bordado y que ha involucrado capacitaciones en aspectos de organización, administración y contables; también se ha trabajado en la realización de un inventario de recursos comunitarios, en un auto diagnóstico de sus solares y en aspectos relativos a la equidad de género en su comunidad. Con las otras comunidades no se ha trabajado en otros aspectos que no sean la capacitación del bordado, simple y llanamente por falta de recursos para poderlo hacer.

Desde un principio nos dimos cuenta que difícilmente podríamos trabajar de manera amplia con todos los grupos, por estar en una etapa de aprendizaje de la actividad, y que entonces era mejor concentrarnos en avanzar con amplitud sólo con dos grupos. Sin embargo, las acciones que hemos desarrollado con ellos no han dado los frutos esperados, sobre todo porque la organización dispersa de la producción no ha sido favorable a la autogestión de los grupos, como ya lo hemos mencionado.

Técnicamente han avanzado y sienten que Tun Ben Kin las ha apoyado para llegar a ser muy buenas bordadoras y tener el orgullo de ser bordadoras de calidad. En ellas se ha despertado el interés por su cultura, a través del bordado de la iconografía maya antigua. También sienten el apoyo en lo comercial, aunque lamentan que la demanda no crezca tanto como ellas quisieran, para lograr tener un buen ingreso regular y constantemente.

Tienen una relación dependiente y maternalista con nosotras, porque ellas no pueden ser independientes desde la posición en la que actualmente están. Esperan que nosotras seamos las que vendamos las mercancías porque para ellas desplazar-se fuera de su comunidad es sumamente difícil.

El grupo de Xocen es independiente pero a la manera tradicional, es decir que existe una persona que organiza la producción y comercializa, pero en realidad no

existe una democracia como nosotros la concebimos, aunque las bordadoras de ese grupo están de acuerdo en que la persona que las comanda lo haga al estilo tradicional, esto es sin consultar con ellas las decisiones que toma. En una ocasión que quisimos realizar una asamblea para democratizar las decisiones, prácticamente nos corrieron.

Al principio era imposible tocar asuntos relativos al género con las bordadoras porque tenían miedo de que sus esposos se enteraran, por los chismes de cantina y los comentarios que en nuestras reuniones se hicieran. Ahora son un poco más solidarias y sí se atreven a comentar y criticar aspectos relacionados con el ejercicio del poder de sus esposos, sabiendo que nadie va a ir a contar nada a su esposo para que no circule el chisme.

Sin embargo, existen límites importantes para traspasar las actuales barreras que les impone la tradicional inequidad de género existente en sus comunidades y familias.

El primer límite es su dependencia económica. Aunque a través del bordado adquieren ingresos, como sólo le dedican algunas horas y no su tiempo completo, no obtienen lo suficiente como para ser autosuficientes. Esto impone una barrera a su posible libertad. Están sujetas al control de los esposos, sujetas a su permiso o consentimiento, y lógicamente ellas se pliegan porque temen enfrentarse a ellos y no se imaginan cómo podrían sobrevivir sin el apoyo económico y emocional de sus parejas. Pese a los obstáculos han comenzado a presionar a sus esposos para participar en los grupos y a argumentar que tienen compromisos con el grupo y que tienen que cumplirlos para permanecer allí. Para ellas los ingresos que obtienen del bordado son importantes porque les permiten, sobre todo, financiar la educación de los hijos.

Otro límite lo conforman sus compromisos domésticos que, evidentemente, constituyen una barrera para su participación productiva de tiempo completo o siquiera de medio tiempo, sobre cuando se trata de familias con hijos pequeños.

En tercer lugar está el control social que se ejerce a través de la mirada de la sociedad que reconoce o desconoce a las personas según si éstas se adaptan o no a lo establecido socialmente. El control se da, generalmente, a través del chisme. La ideología de género asociada al mantenimiento de los roles tradicionales juega un papel importante en el control que la comunidad ejerce sobre las mujeres y su comportamiento.

Los grupos de Uyalch y Mucuyché nos ven como una organización que otorga trabajo, que les pagamos bien, pero que no tenemos suficiente dinero para ampliar el trabajo, que es lo que a ellas les importa. Cuando les hemos dicho que podemos apoyarlas para obtener créditos o subsidios para que puedan vender por su cuenta,

siempre nos dicen que lo que más les importa es que podamos darles prendas para bordar.

Tun Ben Kin visto por el entorno oficial y social

En Yucatán, en los medios oficiales y en ciertos sectores sociales, la labor de Tun Ben Kin tiene prestigio y es conocida, aunque no tan ampliamente como quisiéramos o como debiera ser, en virtud del tiempo que tenemos trabajando. Esta deficiencia se debe a que no nos hemos promocionado suficiente, debido en una parte a que hemos estado concentrados en avanzar en el trabajo, pero también a que hemos carecido del financiamiento necesario para hacerlo.

Hemos establecido colaboraciones con el INI estatal y con la Casa de las Artesanías del gobierno del estado; también hemos recibido financiamiento de SEDESOL. Asimismo, hemos tenido relaciones con los presidentes municipales del municipio de Abalá y con las autoridades locales de las comisarías en las que trabajamos. En estos medios se reconoce la importancia de la actividad que realizamos y del valor que conlleva impulsar la calidad, el diseño, la diversificación de la producción e impulsar la generación de autoempleo, ingresos dignos y el mejoramiento de la calidad de la vida entre las bordadoras. Esta labor también es reconocida por intelectuales y académicos que conocen nuestra misión y por muchas personas de la sociedad yucateca.

Un problema que reflejan varias de las opiniones que hemos captado es que la labor que realizamos se percibe más como fruto de la voluntad de una persona que de la organización. Esto nos ha dado la pauta para activar a los socios y al Consejo Directivo de nuestra organización considerando, además, que así lo exige la necesidad actual de dar un salto adelante en el crecimiento del trabajo.

Los distintos sectores piensan que Tun Ben Kin debiera tener más fondos porque se percibe la necesidad de una acción más amplia y profunda que posibilite lograr un mayor impacto social. En esto concordamos completamente.

Aunque se aprecia la actividad que realizamos, hay quien piensa que sería conveniente orientar la producción hacia un segmento más exclusivo del mercado, porque se ve poco competitiva la actividad debido a su carácter artesanal y se piensa que al dirigirse a mercados exclusivos se puede pagar mejor la mano de obra. Esta opinión no considera que nuestra intención es que el bordado sea una fuente de empleo amplia, ya que existen miles de bordadoras de autoconsumo que se están volcando hacia el bordado comercial y que, por lo mismo, necesitamos encontrar salidas masivas que favorezcan productos competitivos y salarios dignos. Aunque no excluimos la posibilidad de canalizar la producción de ciertos grupos a segmen-

tos exclusivos del mercado, esta no puede ser una opción generalizada de nuestra organización, dados sus objetivos.

En relación con la creación de Talleres de Bordado, hay quienes lo ven con escepticismo, considerando la poderosa organización familiar tradicional que ha imperado entre los mayas de Yucatán. Otros, en cambio, lo ven factible y necesario como nosotros. Alguien nos sugirió —lo que resulta muy interesante— organizar talleres en los que se integre al trabajo del bordado y de los diversos aspectos técnicos que implica en lo contable y administrativo, el trabajo sobre los planos emocional y de género como parte del trabajo del taller. También se señaló la importancia de trasladar del nivel privado al público el trabajo del bordado —al trasladar el bordado del ámbito doméstico al ámbito del taller— con el fin de que se haga visible y se valore por las propias mujeres y la comunidad.

Otras recomendaciones que nos hacen personas que nos conocen atañen a la necesidad de expandir más nuestra actividad en el nivel comercial, así como la necesidad de que diversifiquemos más la producción, pues les gustaría ver más productos bordados de buena calidad y con diseño regional novedoso.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

El bordado parece ser tan antiguo como la cultura Maya. Su historia, siendo muy dinámica, ya que han habido modificaciones, introducciones, desapariciones y cambios, refleja también una estabilidad y continuidad en la existencia actual de puntadas como el *chuy kab* o el *xmanikté*, que son de origen prehispánico. El punto de cruz, de introducción hispana, es la puntada que mayor reconocimiento tiene en el Yucatán de hoy.

El bordado en Yucatán ha sido factor central de identidad, tanto para la cultura campesina maya endógena, como para las clases dominantes de tradición exógena, por lo cual es un símbolo identificador de toda la sociedad, lo que no es común en un territorio marcado por la ruptura de la Conquista.

El bordado ha sido parte indisoluble de la economía milpera de autoconsumo y ha jugado un papel cultural y simbólico en la vida cotidiana y ritual de los y las mayas de Yucatán. Su venta, siendo eventual en la economía campesina, se ha realizado con fines de ahorro, sin una valoración de la mano de obra y, por lo tanto, reflejando una transferencia de valor permanente en su realización comercial.

Sin embargo, a raíz de la crisis agrícola que aqueja al estado desde los años setenta, el lugar del bordado se ha ido transformando, porque de ser valor de uso se ha ido transformando en valor de cambio, debido a la necesidad creciente de ingresos monetarios que las familias campesinas enfrentan.

Durante el primer impulso comercial que recibió el bordado yucateco, su producción dispersa, organizada por intermediarios comunitarios o por organismos oficiales como el Banrural, no fue un obstáculo para su expansión comercial. Por un lado, porque la producción —formada por el *hipil* tradicional urbanizado y por la ropa “típica”— estaba dirigida sobre todo a cubrir la demanda de segmentos regionales del bordado, en particular de las clases medias urbanas, poco exigentes en lo que a calidad se refiere y copartícipes del gusto regional tradicional adaptado que reflejaron las ropas de ese tiempo. Por otro lado, porque como este tipo de producción no exigía de modificaciones importantes en telas, colores, diseños y calidad, su elaboración no implicaba tampoco, modificaciones importantes en la organización del trabajo.

Este proceso, que afecta también a otras actividades desarrolladas por las mujeres, como la elaboración de hamacas, de tejidos de henequén, de cría de animales o cultivo de hortalizas, dio lugar al nacimiento de múltiples organismos de mujeres campesinas que se han visto en la necesidad de organizarse para la obtención de financiamientos para producir. Sin embargo, la inmensa movilización femenina que ha implicado la búsqueda de dinero para la producción, no se ha reflejado en una autonomía significativa de las mujeres. Esto se debe, principalmente, a que su actividad sigue desempeñándose principalmente en el ámbito doméstico, privado, invisible y dirigido por cada esposo de cada casa, sin favorecer el trabajo en grupo, en un espacio colectivo, público y visible, dirigido por el grupo de mujeres.

La culminación del proceso inicial de impulso a la comercialización fue un abarrotamiento del mercado de prendas tradicionales y de ropa “típica” de mala calidad y de un gusto demasiado regional, que no satisface las necesidades de los nuevos y dinámicos mercados modernos urbanos, nacionales e internacionales.

Ante esta realidad, el proyecto “Maya Chuy: el Renacimiento del Bordado en Yucatán” inició, hace casi siete años, un proceso dirigido a mejorar la calidad de los productos bordados y a diversificar la producción, renovando y recreando el diseño bordado y aplicándolo a artículos de consumo moderno para, a través de la capacitación a las bordadoras, lograr que el bordado pudiera cumplir con la función de dar el empleo y el ingreso que esperan las miles de mujeres mayas que día a día se incorporan a las filas del bordado comercial.

En este periodo de trabajo se ha logrado impulsar el diseño, aplicando el dibujo tradicional a prendas modernas, recreándolo con más de 1,000 dibujos inspirados en la iconografía maya y en la flora, fauna y cultura regionales, y hemos generado 50 prototipos. Se ha avanzado en la capacitación de trece grupos que involucran a 300 bordadoras y se han contabilizado los tiempos de trabajo invertidos en el bor-

dado de manera que las bordadoras ya recuperan, por lo menos, el salario mínimo por su trabajo. Se ha sistematizado la organización de la producción, particularmente del bordado de mano y se han comercializado los productos.

Quizás el logro más importante ha sido darnos cuenta de que la transformación del diseño involucra la entrada en los mercados globales, que se rigen por exigencias que sólo pueden ser cumplidas desde una organización de la producción concentrada y colectiva. Ahora tenemos que trabajar arduamente, junto con las bordadoras, para transformar la actividad del bordado atomizada y dispersa, en un verdadero oficio artesanal. En lo económico, la transformación en oficio permite una organización eficiente y competitiva, por la concentración de los recursos y la organización colectiva de los mismos.

La repercusión de esta organización en el plano social y de género es muy importante ya que, al hacer público, visible y colectivo el oficio, favorecerá un empoderamiento de las mujeres, ausente en la producción dispersa y de mando masculino que predomina actualmente. Esto involucra el desarrollo de un concepto integral de los talleres, que permita verlos no sólo como lugares de trabajo y de exhibición de los productos, sino como lugares de capacitación técnica y social, y también como lugares de reflexión colectiva, sobre todo acerca de las relaciones de género.

Pero esta forma de organización de la producción involucra el impulso paralelo a varios procesos que favorezcan el desarrollo de la actividad a todos los niveles que se requiere para que florezca plenamente.

Por un lado, se requiere que el trabajo de diseño se institucionalice en un verdadero Laboratorio de Diseño de Bordado en donde permanentemente se generen nuevos prototipos y que brinde servicio no sólo a los talleres de las bordadoras sino a quien sea que lo requiera.

También se necesita una estructura técnica y académica que apoye la profesionalización de la actividad. Los elementos que ahora vislumbramos, que pudieran conformar esta estructura son Centros de Capacitación de nivel medio que permanentemente estén favoreciendo el mejoramiento del nivel de la población rural de bordadoras. La Escuela de Bordado posibilitaría una especialización profesional en la actividad muy necesaria para su desarrollo. Un apoyo necesario sería un Centro de Investigación del Bordado que permita la investigación permanente a niveles teóricos y técnicos. Adicionalmente, un Museo del Bordado Regional sería la mejor expresión de una estructura de difusión, también necesaria para el florecimiento del bordado. Desde un museo se podrían registrar y acoger colecciones tanto antiguas como nuevas y exhibirlas adecuadamente. Publicaciones de todo tipo: téc-

nico, histórico, social, cultural, también permitirían el fortalecimiento y desarrollo de la actividad.

Los procesos que involucra la transformación del bordado de autoconsumo en un oficio artesanal comercial son semejantes a los que requieren otras actividades artesanales de Yucatán, del país, de otras regiones de América Latina y, quizás, de regiones de otros continentes. En este sentido la experiencia que estamos construyendo en Yucatán con el proyecto "Maya Chuy: el Renacimiento del Bordado en Yucatán" la consideramos muy valiosa y con posibilidades de ser replicada no sólo en otras regiones de bordado, sino artesanales en general.

Una de las virtudes más relevantes del impulso a estos procesos es que, estando la mayoría de las artesanías en manos femeninas, su desarrollo implica un empoderamiento necesario de las mujeres. Otra ventaja es que representa un desarrollo propio que fortalece las culturas regionales, generando empleos rurales, frenando la migración a las urbes y creando trabajo en actividades que no pesan sobre los cada vez más escasos recursos naturales. Finalmente, ya subrayamos que las artesanías crecen a base de dar empleo, lo cual resulta una gran virtud, en un mundo que se mecaniza y que desplaza más y más la mano de obra humana. En pocas palabras, el impulso a la transformación de las artesanías en oficios, favorece un desarrollo sustentable y favorable a la equidad social y de género.

Sin embargo, tales procesos no son fáciles de impulsar, pues por su dimensión requieren, para ser empujados, de claridad acerca de su necesidad e importancia, además de constancia.

La claridad de su necesidad e importancia, aunque es fácil tenerla si conocemos nuestras raíces y tenemos cariño y compromiso con nuestro pueblo, resulta un ingrediente poco usual entre quienes deciden los destinos de nuestro territorio, herederos del desprecio colonial hacia los procesos productivos provenientes de nuestras etnias, y carentes de cariño y compromiso con la gente de nuestro país.

Pero tenemos el compromiso de ser fieles a lo que creemos a pesar de los obstáculos que históricamente han frenado un desarrollo más equitativo no sólo en nuestro país, sino en el planeta. Reforzar las redes sociales, buscar la equidad y la justicia en todos los terrenos de la vida, eliminar lo que está de más y aumentar lo que está de menos. Estos son nuestros retos.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, A., 1995. *Huch Bem Chuy. Bordados Antiguos*. AMACUP. México.
- Barrera, V., A., 1979. "La Artesanía y las Artesanías Yucatecas, un Panorama Histórico". En: *Enciclopedia Yucatanense*. Gobierno del Estado. Yucatán.
- Becerril S., S. "La Artesanía como Fenómeno Social y Trascendencia Cultural".
- Brittain, J., 1981. "Bordado". En *Labores*. 2 tomos. Editorial Blume. Barcelona.
- Cuchiarrii, S., 1997. "La Revolución de Género y la Transición de la Horda Bisexual a la Banda Patrilocal: Los Orígenes de la Jerarquía de Género". En: *El Género: La construcción cultural de la diferencia sexual*. Lamas, Martha (comp.) Col. Las Ciencias Sociales. Estudios de Género. PUEG-UNAM. México. pp. 181-264.
- Cuspinera, J. s/f. *El Bordado: Un lenguaje universal*. Fundación Cultural Serfin, México.
- De la Garza, M., A. L. Izquierdo, M. C. León, T. Figueroa, (eds.). 1983. *Relaciones histórico-geográficas de la Gobernación de Yucatán*. 2 tomos. UNAM. México.
- Duch G., J. 1988. *La conformación territorial del estado de Yucatán. Los componentes del medio físico*. Centro Regional de la Península de Yucatán. UACH. México.
- Etcharren, P., 1993. *El bordado en Yucatán*. Casa de las Artesanías. Gobierno del Estado. Yucatán.
- García, A., y Castilla, B., 1980. "El Yucatán colonial: Mujeres, telares y patios". En: *Yucatán: Historia y Economía*. DEES-UDY. pp. 46-66; n. 20.
- García L., G., 1989. "Conservación de tejidos mayas procedentes del Cenote Sagrado de Chichén Itzá". En: *Memorias del Segundo Coloquio Internacional de Mayistas*. UNAM. México. pp. 333-375.
- Hansen, A.T. y J. R. Bastarrachea M., 1984. *Mérida. Su transformación de capital colonial a naciente metrópoli*. INAH. México.
- Haviland, W.A. 1997. "The Rise and Fall of Sexual Inequality". En: *Ancient Mesoamerica*. Cambridge University Press. Vol. 8, núm. 1, pp. 1-12.
- Hernández F., J., 1977. "Historia de las Artes Menores". En: *Enciclopedia Yucatanense*. T. IV. Edición Oficial del Gobierno de Yucatán. Yucatán. pp. 823-899.
- Irigoyen R., R., 1980. "La economía de Yucatán anterior al auge henequenero". En: *Enciclopedia Yucatanense*. Gobierno del Estado. Yucatán. T. XII, pp. 218-398.
- Jones, G. (transcriptor), 1991. *El manuscrito Can Ek*. National Geographic Society. INAH. México.
- Landa F. D. de, 1982. *Relación de las cosas de Yucatán*. Porrúa. México.
- Molina S., J. F., 1988. *Historia de Yucatán*. Dominación Española. T. 1. Consejo Editorial de Yucatán. Yucatán.

- Morris, W. F., 1996. "Diseños e indumentaria Mayas". En: *Arqueología Mexicana*. CNCA- INAH. Vol. III, núm. 17, pp. 48-59.
- Nadal, M. J., 1995. "Un Ejemplo de deconstrucción y reconstrucción genérica en el proceso de integración de las mujeres campesinas al desarrollo". En: *Género y cambio social en Yucatán*. Luis Ramírez (ed.). CIS-ADY. pp. 75-102.
- Nye, P. H. y Greenland, D. J., 1960. *The Soil Under Shifting Cultivation*. Commonwealth Agricultural Bureaux. England.
- Pacheco C., J. y J. A. Lugo P., 1995. "Mujeres, trabajo y reproducción social en el sur de Yucatán: Un estudio comparativo entre los municipios de Dzan y Chapab". En: *Género y cambio social en Yucatán*. Luis Ramírez (ed.). CIS-UADY. pp. 103-118.
- Paré, L. Y J. Fraga, 1994. *La costa de Yucatán: desarrollo y vulnerabilidad ambiental*. IIS-UNAM, (Cuadernos de Investigación núm. 23). México.
- Quezada, S., 1997. *Historia de los pueblos indígenas de México. Los pies de la República. Los indios peninsulares 1550-1750*. CIESAS / INI. México.
- Ramírez L.A., C., 1998. "La invención del tiempo: la identidad femenina entre el trabajo y la casa". En: G. Mummert y L. A. Ramírez C. (eds.). En: *Rehaciendo las diferencias*. El colegio de Michoacán / UADY. pp. 293-324.
- Rasmussen, Ch y S. Terán, 1991. "Las dos mitades del cielo". En *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*. UADY. Yucatán. Núm. 179, pp. 68-76.
- Reed, J. 1971. *La Guerra de Castas en Yucatán*. Era. México.
- Rejón P., L., 1992. "Los hipiles y justanes bordados". En: Morales C., V, Peraza L., M. E., Quintal A., E. F. y L. Rejón, P. *Cinco artesanías del oriente de Yucatán. Alfarería, bordados, cestería, joyería, talabartería*. CULTUR-Gobierno del Estado, (Cuadernos de Cultura Yucateca, núm. 1). Yucatán.
- Rejón P., L., 1992A. "Turismo y cambio cultural en las mujeres mayas de Valladolid". En: *IITNAJ*. INAH / CNCA. Núm. 7, pp. 3-9.
- Rejón P., L., 1995. "Bordadora de oficio, una dimensión de la identidad maya femenina". En: *Género y cambio social en Yucatán*. Luis Ramírez (ed.). UCS-UADY. pp. 119-150.
- Rejón P., L., 1988. "Mujer maya, mujer bordadora. Las cooperativas de artesanas en el oriente yucateco". En *Rehaciendo las diferencias*. G. Mummert y L. A. Ramírez C. (eds.). El colegio de Michoacán / UADY. pp. 269-292.
- Rosales G., M., 1988. *Oxkutzcab, Yucatán 1900-1960. Campesinos, cambio agrícola y mercado*. INAH, (Col. Regiones de México). México.
- Roys, R. L., 1957. "The Political Geography of the Yucatan Maya". En: *Publication*. Núm. 613. Carnegie Institution of Washington. Washington D.C.
- Sarabia E., A., 1984. *Popol Wuj*. Porrúa. México.

- Schele, L. y M. E. Miller, 1986. *The Blood of Kings*. George Braziller. Kimbell Art Museum. London / Forth Worth.
- Suárez M., V., 1977. *La evolución económica de Yucatán a través del Siglo XIX*. 2 t. Universidad de Yucatán. Yucatán.
- Terán, S., 1988. "Milpa, región e indumentaria tradicional". En: *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*. UADY. Núm. 167, pp. 57-62.
- Terán, S. y Ch. Rasmussen (coords.), 1992. *Relatos del Centro del Mundo*. 3 vol. Gobierno del Estado de Yucatán. Yucatán.
- Terán, S. y Ch. Rasmussen., 1994. *La milpa de los mayas. La agricultura prehispánica de los mayas prehispánicos y actuales en el noreste de Yucatán*. DANIDA. Yucatán.
- Thompson, J. E. S., 1979. *Historia y religión de los mayas*. Siglo XXI, (Col. Nuestra América). México.
- Thompson, J. E. S., 1993. *Un comentario al Códice Dresde*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Trujillo, N., 1993. "Los 'Mestizos' de Yucatán". En: *Enciclopedia Yucatanense*. Gobierno del Estado. Yucatán. T. IV, pp. 322-340.
- Villanueva M., E. 1990. *La formación de las regiones en la agricultura (El caso de Yucatán)*. Maldonado / INI / FCA-UADY / CEDRAC. Yucatán.
- Villanueva V., N. B., 1996. *Crisis agraria y producción de artesanías*. UDY, (Folleto de Investigación núm. 4). Yucatán.